



Un continente inesperado y un nuevo océano. América aparece en la proa de los navegantes españoles como un desconcertante obstáculo en su camino hacia Asia. El valioso hallazgo revela un nuevo mundo y la necesidad de un proyecto propio, pero no altera el original empeño de alcanzar las islas de las especias.

Desde las bases del Caribe, hombres y barcos prosiguen el camino al oeste en busca de las Indias. En 1513, un extremeño se adentra por el Istmo de Panamá. El rumor de otro mar despierta sus anhelos: Al otro lado le espera el último gran océano.

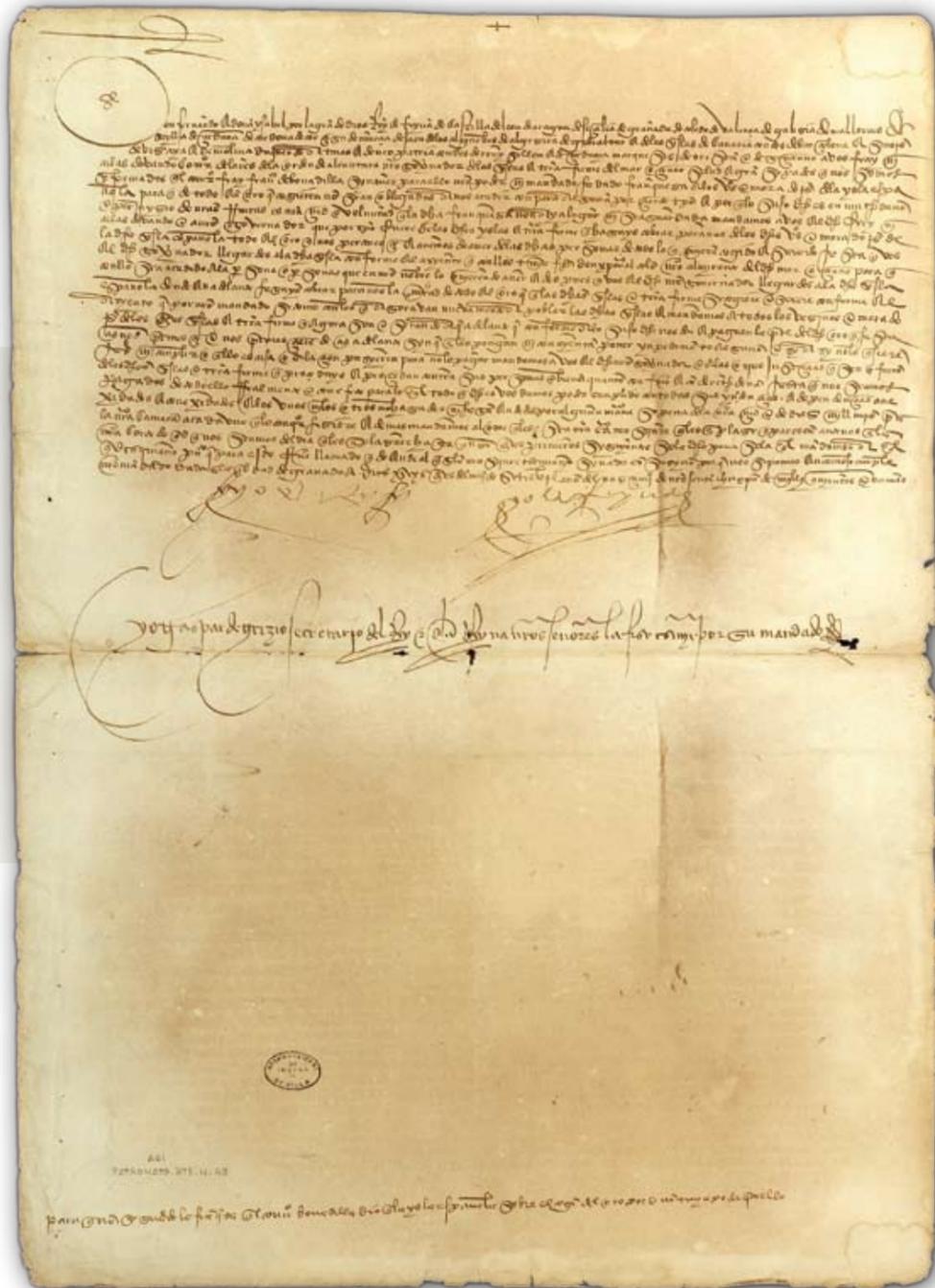
3. EL DESCUBRIMIENTO DE LA MAR DEL SUR

AMÉRICA. UN MUNDO POR DESCUBRIR

Carmen Mena García, Universidad de Sevilla

EN EL UMBRAL DEL NUEVO MUNDO: EL ESPACIO ANTILLANO
Los primeros asentamientos españoles en el continente americano de fines del siglo XV y comienzos del XVI se establecieron en zonas tropicales del mar Caribe, desde las Antillas hasta las costas del continente suramericano y Panamá. El espacio caribe, región geohistórica con rasgos bien definidos desde antes de la invasión europea, se articula en torno a un mar interior —el *Mediterráneo americano*— que baña unas tierras de límites imprecisos, de una geografía de la que por aquel entonces se sabía muy poco. Allí los españoles persiguieron con denuedo viejos mitos y fantasías medievales, como la *isla de la Antilia* o de las *Siete Ciudades*, o la *Fuente de la Eterna Juventud*. Esta fue la puerta de entrada por la que Occidente ingresó en América, un espacio vertebrador de hombres y proyectos y más tarde pieza clave en la geopolítica de los imperios atlánticos.

En este amplio marco geográfico, que comienza a ser explorado en 1492 por Cristóbal Colón y sometido en expediciones sucesivas, las islas de las Antillas, situadas en el extremo del corredor de los vientos alisios y de las corrientes marinas, se benefician de su privilegiada posición geográfica y de su temprana anexión. En especial Santo Domingo, bautizada con orgullo como *La Española*, que debe ser considerada sin ninguna duda como “el umbral del Nuevo Mundo”, tal fue el destacado papel que le correspondió desempeñar. Durante los primeros años de la presencia española en América, la isla de Santo Domingo, en donde los Reyes Católicos instalaron el centro civil y religioso de la administración colonial, fue un laboratorio experimental de hombres e instituciones, una especie de microcosmos de la historia americana en donde se anticipan y acentúan muchos de los procesos que más tarde se observan en otros espacios y recorridos históricos de las Indias. Puerto de descarga de pasajeros y mercancías y cita obligada de cuantos acuden a las Indias, La Española acoge a navegantes, funcionarios, religiosos y aventureros, todos ellos movidos por sueños de riqueza, gloria y fama o por afanes misioneros sembrados de utopías evangélicas. Como un curioso capricho del destino, por algún tiempo conviven en un mismo escenario y época histórica los protagonistas más famosos de esta gran aventura, personajes únicos e irrepetibles como Cristóbal Colón, descubridor del Nuevo Mundo, Bartolomé de las Casas, el incansable defensor de los indios, Alonso de Ojeda, explorador malhadado y frustrado gobernador, Hernán Cortés, conquistador de México, Francisco Pizarro, conquistador del Perú, Juan Ponce de León, descubridor de la Florida y conquistador de Puerto Rico y también, claro está, Vasco Núñez de Balboa. En estos momentos, cuando comienza la cuenta atrás del nuevo siglo, todos ellos son personajes anónimos que comparten proyectos de gloria y riquezas y luchan con entusiasmo por hacerse un lugar en la historia. Muchos proceden de las tierras fronterizas de Extremadura, guerrera y laboriosa cuna de hombres valientes, patria chica de tantos conquistadores, como Hernán Cortés y su primo Francisco Pizarro, como Vasco Núñez de Balboa y tantos otros que engrosan una lista tan larga como famosa.



Real Provisión de los Reyes Católicos a Nicolás de Ovando, gobernador de la isla Española. Granada, 16 de septiembre de 1501. Por ella le ordenan el cobro del oro correspondiente a la Corona del obtenido por los vecinos de la isla. Papel manuscrito. 1 hoja de 43,6×31,5 cm. Archivo General de Indias, Sevilla, PATRONATO, 295, N. 43.

La llegada de Nicolás de Ovando a la isla de La Española supuso un avance en la organización de la colonia, superando las dificultades de los primeros años. Bajo su mandato se emprendió un mayor control de la isla y sus habitantes, propiciándose al mismo tiempo la expansión española por las costas del mar Caribe. Este documento evidencia el interés de la Corona por normalizar los ingresos provenientes de las Indias, encomendado a su gobernador la recaudación del oro asignado a la Hacienda Real.

Retrato de Vasco Núñez de Balboa, por J. Maea. Madrid, 1791.

Se incluye en los *Retratos de los Españoles Ilustres, con un epitome de sus vidas*, Editado por la Imprenta Real. Libro en papel, encuadernado. 220 hojas de 42,5x30,5 cm. Universidad de Sevilla, Biblioteca, A K/150.

No se conserva ningún retrato fidedigno de Vasco Núñez de Balboa y, sin embargo, los siglos han perfilado su semblante. Todo porque retratos como éste, dibujado por J. Maea y grabado por Juan Barcelón para la obra citada, han influido en autores posteriores.



**UN EXTREMEÑO EN TIERRAS AMERICANAS:
VASCO NÚÑEZ DE BALBOA**

Gran parte de la vida de Balboa sigue siendo un misterio. En efecto, se sabe muy poco de su origen familiar y de sus primeros años en Jerez de los Caballeros, la villaextremeña en donde nació, allá por 1475. Tradicionalmente se ha venido admitiendo que Balboa, "un hidalgo de sangre limpia", era hijo de un don Nuño Arias de Balboa y de su esposa, una anónima señora de Badajoz, y que la familia, de rancio origen nobiliario, descendía de Galicia. No obstante, las más recientes investigaciones señalan que su padre se llamaba Álvaro Núñez y que su madre debió pertenecer a la familia de los Vázquez Rubio. De lo que no cabe ninguna duda es de que los padres de Balboa tuvieron al menos otros tres hijos: Gonzalo, seguramente el mayor, Juan y el joven Alvar, que viajaron a América y siguieron los pasos de su famoso hermano, si bien como actores secundarios. Como era usual entre los miembros de su condición social, el joven Vasco entró al servicio de un gran noble como paje o escudero. Se llamaba don Pedro de Portocarrero, alias *el Sordo* y era señor de las villas de Moguer y Villanueva del Fresno y más adelante, durante el reinado de los Reyes Católicos, comendador de Segura de la Sierra y alcalde mayor de Sevilla. Se ha señalado que este noble metido a comerciante y relacionado con algunos de los navegantes más famosos de aquellos días pudo ser la causa de que Balboa se sintiera tentado por la aventura americana.

Sea como fuere, el extremeño, que ya cuenta con 26 años, se traslada a las Indias en 1501 para no regresar nunca más. Lo hace en la pequeña flotilla que dirige el capitán Rodrigo de Bastidas, un comerciante sevillano al que los monarcas habían concedido permiso, en junio de 1500, para continuar la exploración de las costas americanas iniciada por el gran Almirante *con tal que no sea de las islas e tierra firme que hasta aquí son descubiertas por don Cristóbal Colón, nuestro Almirante del dicho mar Océano e por Cristóbal Guerra, ni de las que son descubiertas e se descubrieren antes que (por) vos e por otra e otras personas por mandado e con licencia nuestra*. Este viaje, en el que participa el famoso cartógrafo Juan de la Cosa y del que se conoce muy poco, recorrió parte de las costas de la Tierra Firme (actual Venezuela y Colombia) y penetró en el golfo de Urabá (*Golfo Dulce*) continuando su singladura hasta Nombre de Dios (Panamá). Cuando la flotilla de Bastidas regresa a Santo Domingo en su tornaviaje, el extremeño Balboa se establece en Salvatierra de la Sabana, una pequeña villa española arrinconada en el extremo suroccidental de la isla (hoy *Les Cayes*, Haití), y con el modesto botín conseguido decide emprender una nueva vida.



De la estancia de Balboa en La Española apenas si se tienen noticias, seguramente porque durante los ocho años que vivió en aquellas tierras no realizó ninguna hazaña que merezca ser recordada ni se distinguió por nada en particular. El extremeño fue simplemente uno más de los centenares de hombres que pululaban por la isla intentando hacerse un hueco en aquel tórrido escenario de guerra despiadada con los taínos y búsqueda insaciable de oro. Ante la escasez de testimonios sobre la vida de Balboa en Santo Domingo y la imposibilidad de seguir sus pasos, cualquier noticia, por insignificante que pueda parecer, adquiere un indudable interés. Ésta proviene de un informante singular: nada menos que Bartolomé de las Casas, quien coincidió con nuestro personaje en el mismo escenario y lo trató personalmente. Pues bien, el fraile asegura que Vasco Núñez estuvo vecindado en Salvatierra de la Sabana en donde llegó a ser encomendero y regidor de su cabildo. Como no hay razón para desconfiar del testimonio lascasiano, todo induce a pensar que Balboa participaría en la sangrienta campaña india de *Jaraqua*, emprendida allá en el otoño de 1503 por Diego Velázquez de Cuéllar, el lugarteniente de Nicolás de Ovando, gobernador de la isla. Y también que se beneficiaría de los primeros repartos de tierras realizada por Velázquez en el occidente de la isla, siguiendo las instrucciones de Ovando. Allí, finalizada la guerra contra los taínos, el capitán segoviano fundó varias villas de españoles, entre ellas la ya citada *Salvatierra de la Sabana*, repartiendo con la vecindad tierras e indios de encomiendas entre los mismos españoles que habían ayudado a conquistarla.

Como cualquier otro personaje histórico, el cacereño fray Nicolás de Ovando, comendador de Lares (1502-1509), ha sido objeto de numerosas interpretaciones, pero nadie podrá negar que este hombre maduro, competente y leal con las directrices regias, tuvo una trayectoria excepcionalmente fecunda y fue, como señala Úrsula Lamb, el primero de los grandes fundadores de poblaciones de la América hispana por el éxito obtenido en su política colonizadora. En ella participaron sus hombres más fieles, como el capitán Diego Velázquez de Cuéllar, ya mencionado, quien más adelante emprendería la conquista de la isla de Cuba, y seguramente también su paisano Vasco Núñez de Balboa, el de Jerez de los Caballeros.

Una vez sofocada la resistencia indígena, los vecinos de aquellas nuevas poblaciones se involucraron en actividades menos peligrosas, como obtener oro de las arenas de los ríos, cultivar la tierra o criar el ganado. Con la ayuda de la población nativa que les proporcionaba la fuerza laboral indispensable, los españoles establecieron en aquellas lejanas tierras los cimientos de una nueva sociedad a imitación del modelo peninsular. La *encomienda*, un sistema laboral con ribetes feudales, sin llegar a serlo, colocaba a cada uno en su sitio: a los españoles como señores y a los indios como vasallos proveedores de mano de obra barata. A cambio existía el firme compromiso de evangelizarlos en la fe católica y tratarlos adecuadamente como "vasallos libres" de la Corona española.

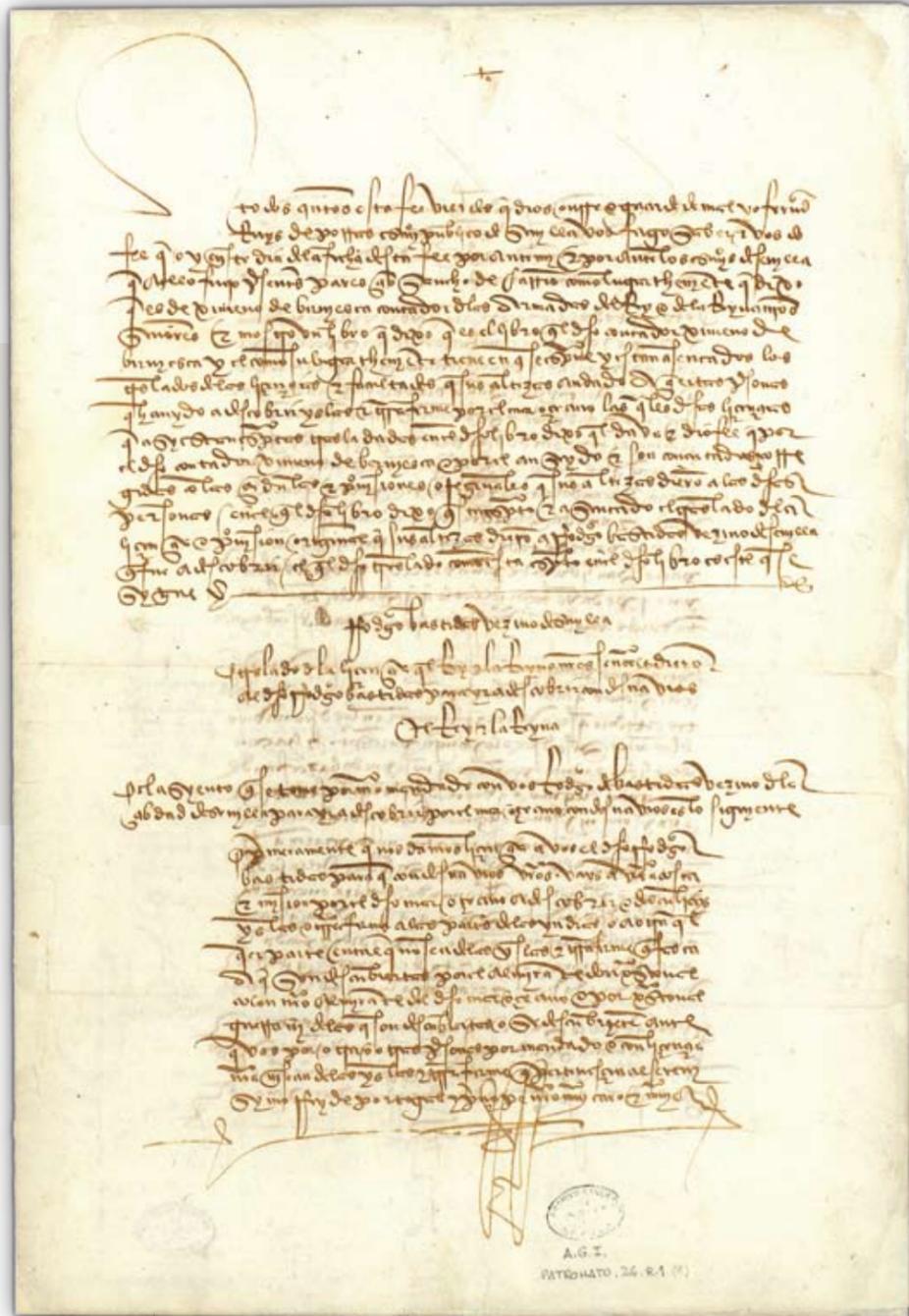


Mapa de España, de Pedro de Teixeira. 1660
 Se incluye en el *Compendium Geographicum* de Pedro de Teixeira. Original en la Biblioteca Carolina, Universidad de Upsala. Edición facsímil de *Círculo Científico*. Libro encuadernado. 98 hojas de 22×15 cm. Editorial *Círculo Científico*.

Vistas del río Guadalquivir, la Torre del Oro y el castillo de San Jorge, en el barrio de Triana, de Diego Gabriel Huquier. ca. 1750.

Papel; estampa calcográfica iluminada a mano.
 1 hoja de 32×49,1 cm.
 Archivo General de Indias, Sevilla, Colección Francisco Luque, nº 4494.





Capitulaciones de los Reyes Católicos con Rodrigo de Bastidas para emprender el descubrimiento de nuevas tierras. Sevilla, 5 de junio de 1500.

Copia certificada de 1503.
Papel manuscrito. 1 hoja de 31,5×22 cm.
Archivo General de Indias, Sevilla, PATRONATO, 26, R.1.

Vasco Núñez de Balboa se enroló en la expedición de Rodrigo de Bastidas, a quien le acompañaba el prestigioso piloto Juan de la Cosa. Su destino era la costa americana avistada por Cristóbal Colón en su tercer viaje y, de hecho, alcanzaron las orillas de la actual Venezuela. Tras una navegación de cabotaje por las costas de Tierra Firme, terminaron por virar hacia Jamaica y, desde allí, a La Española, aunque al final naufragaron. Vivos y apesadumbrados, se les dio la oportunidad de regresar a España, pero nuestro intrépido personaje quiso quedarse.

En todo este proceso participó durante algunos años Vasco Núñez de Balboa y lo hizo con escaso éxito a juzgar por los breves apuntes que de él se han conservado. Como encomendero y regidor en la pequeña villa de Salvatierra de la Sabana, no es difícil imaginarlo, como al resto de los vecinos, beneficiándose de las rentas que les proporcionaban algunos conucos de yuca y de las piaras de cerdos que engordaban, según Gonzalo Fernández de Oviedo, con sorprendente rapidez en aquellas latitudes. O tal vez, como sugiere K. Romoli, se contagiase de la "fiebre del oro" que llevó a algunos hombres a enriquecerse y a otros a la más profunda ruina.

Por cualquiera de las vías señaladas, en muy pocos años el extremeño acumuló numerosas deudas. Estaba arruinado y sufría la presión de sus acreedores que lo conminaban con impertinentes requerimientos a abonar las cantidades pendientes. Un buen día llegó a sus oídos una esperanzadora noticia: Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa, dos hidalgos avicinados en La Española —flamantes titulares de dos nuevas gobernaciones de límites imprecisos—, andaban reclutando hombres para una nueva expedición que exploraría las costas de Urabá y Veragua, precisamente las tierras que él había visitado años atrás en compañía de Rodrigo de Bastidas. Era la ocasión que estaba aguardando para abandonar aquella especie de ratonera, gobernada ahora por el virrey Diego Colón, el hijo del Almirante.

En noviembre de 1509 parten de Santo Domingo Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa camino de sus respectivas gobernaciones. Un año antes, 1508, firmaron unas capitulaciones por las que se comprometían, como ya se ha dicho, a explorar y fundar en las tierras de Urabá y Veragua. El rey Fernando se ofrecía a pagar el pasaje y alimentos por cuarenta días a 200 hombres reclutados en España y lo mismo, pero sólo por quince días, a 600 vecinos de La Española, proporcionándoles a cada uno armas y municiones. En la hueste de Ojeda va un soldado desconocido hasta ahora: Francisco Pizarro. Como lugarteniente lleva a Martín Fernández de Enciso con quien va otro joven y ambicioso aventurero: Vasco Núñez de Balboa. Después de una amarga experiencia conjunta en Cartagena, ambas expediciones se dividieron, cada una en busca del territorio asignado. Nicuesa tardó nada menos que tres meses en recorrer setenta leguas, justo hasta llegar a Careta, el cacicazgo indio vecino de los del Darién, seguramente porque, como anota Pedro Mártir, navegó siempre sin perder de vista la costa. Nicuesa fracasó en su intento de explorar la costa de Veragua, visitada por Colón, y acabó completamente despistado y errático en la costa de los Mosquitos (Nicaragua) en donde perdió su carabela y alrededor de sesenta hombres. Unos murieron de fiebres o de necesidad, otros a consecuencia de los ataques de la indiana y el resto sobrevivió a duras penas deambulando como fantasmas en busca de alimentos.



Perspectiva del puerto de Bayahá, en la isla de La Española, y sus proximidades, 1551.

Pergamino dibujado a color. 37,4×62 cm.
Archivo General de Indias, Sevilla,
MP-SANTO DOMINGO, 3.

Asentado en la isla de La Española, participó en la expansión colonial dirigida por su gobernador, Nicolás de Ovando, y recibió "indios de repartimiento" en la localidad de Salvatierra de la Sabanza. Mas no triunfó y pronto le asfixiaron las deudas. En tales circunstancias recibiría noticias de las expediciones de Cristóbal Colón en la Tierra de Veragua (1502) y de Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa en Nueva Andalucía y Castilla del Oro (1508).

La llegada de Balboa al golfo de Urabá no tuvo nada de espectacular. Ya en plena madurez estaba arruinado y antes de ingresar en prisión por las deudas contraídas decidió escapar de la isla a bordo de un barco, como un vulgar polizón, escondido entre los pliegues de una lona o en un tonel de harina, pues las versiones difieren. Lo ayudó su fiel amigo Bartolomé Hurtado, quien portaba el tesoro más preciado de Balboa: su perro *Leoncico*. Afirma Bartolomé de las Casas que cuando Balboa zarpó a la Tierra Firme *era mancebo de hasta treinta y cinco o pocos más años, bien alto y dispuesto de cuerpo, y buenos miembros y fuerzas, y gentil gesto de hombre, muy entendido y para sufrir mucho trabajo*. El futuro descubridor iniciaba ahora un viaje sin retorno.

Las naves del bachiller Martín Fernández de Enciso, el lugarteniente de Ojeda, que habían quedado rezagadas de la flota, haciendo provisiones de hombres y víveres, zarparon de Santo Domingo, probablemente a mediados de 1510. Una vez en alta mar, Balboa salió de su escondite con gran asombro de la tripulación, desatando de inmediato la ira del bachiller Enciso. Éste juró que lo echaría *en una isla despoblada, pues merecía muerte por las leyes*. Apaciguado los ánimos, los barcos continuaron su singladura hasta llegar a las costas de Cartagena. A la altura de isla Fuerte, contemplaron a babor la llegada de un misterioso bergantín repleto de hombres harapientos. Los dirigía un tal Francisco Pizarro. Eran los supervivientes de San Sebastián, un precario establecimiento que Alonso de Ojeda había intentado fundar en el golfo de Urabá sin ninguna fortuna. Regresaban a Santo Domingo porque el gobernador Ojeda, después de ser herido por las flechas envenenadas de los indios, los había abandonado a su suerte. El bachiller Enciso, quien como ya dijimos fungía como lugarteniente del gobernador de Urabá, les impidió que cumplieran sus propósitos y asumiendo la jefatura dio orden a todos ellos de regresar al fortín de San Sebastián.

Los cronistas ante la conquista de Tierra Firme

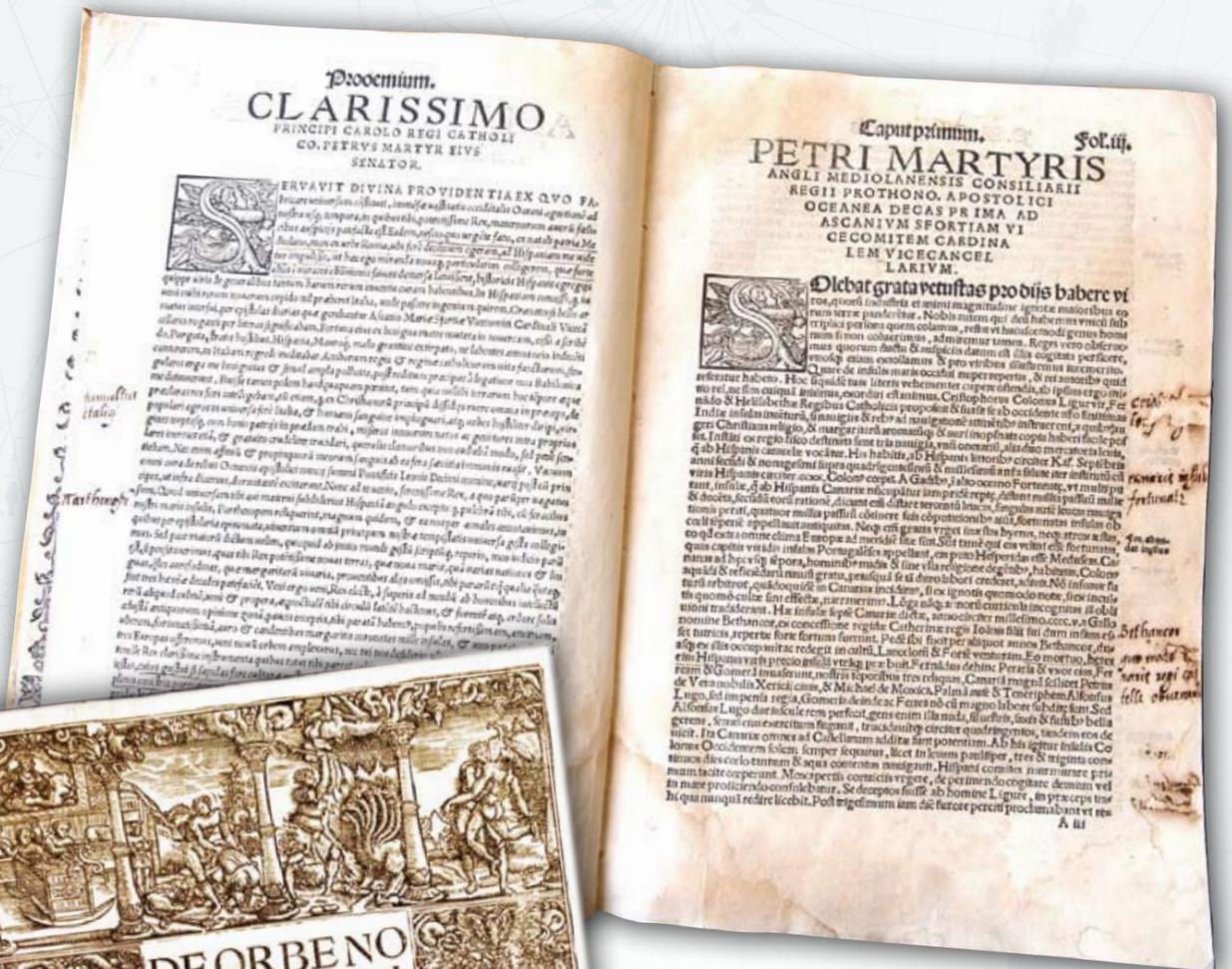
Las maravillas del Nuevo Mundo recién descubierto fueron plasmadas por autores de lo más variopinto —religiosos, soldados, burócratas— en crónicas de gran valor testimonial y, en muchas ocasiones, literario. Tales obras, usadas de forma crítica, proporcionan al historiador una perspectiva complementaria a la de la documentación oficial. Entre ellas destacan, en lo relativo al primer contacto con el continente, tres obras bien informadas y contemporáneas a los sucesos que narraron.

La primera fue hija de un brillante humanista lombardo al servicio de los Reyes Católicos, Pedro Mártir de Anglería. Amigo de Colón y otros célebres navegantes atlánticos, consumidor voraz de las noticias que le transmitían, decidió historiarlas allá por 1494. A este propósito le ayudó luego su acceso a la correspondencia oficial generada por los asuntos de Ultramar. En su abigarrada obra *De Orbe Novo* (publicada entre 1511 y 1530) se aprecia el cambio de opinión que se produjo en la corte sobre el pionero de la conquista de Tierra Firme y descubridor del Pacífico, Vasco Núñez de Balboa, a medida que se iban sucediendo las denuncias de sus enemigos y las vindicaciones de sus defensores. Primero lo califica de *excepcional espadachín, que más por la fuerza que por los votos había usurpado el mando sobre los del Darién*. Sin embargo, luego escribiría que *este nuestro Vasco de Balboa estaba cambiado [...] de temerario en obediente, y que era considerado digno de honores y mercedes*.

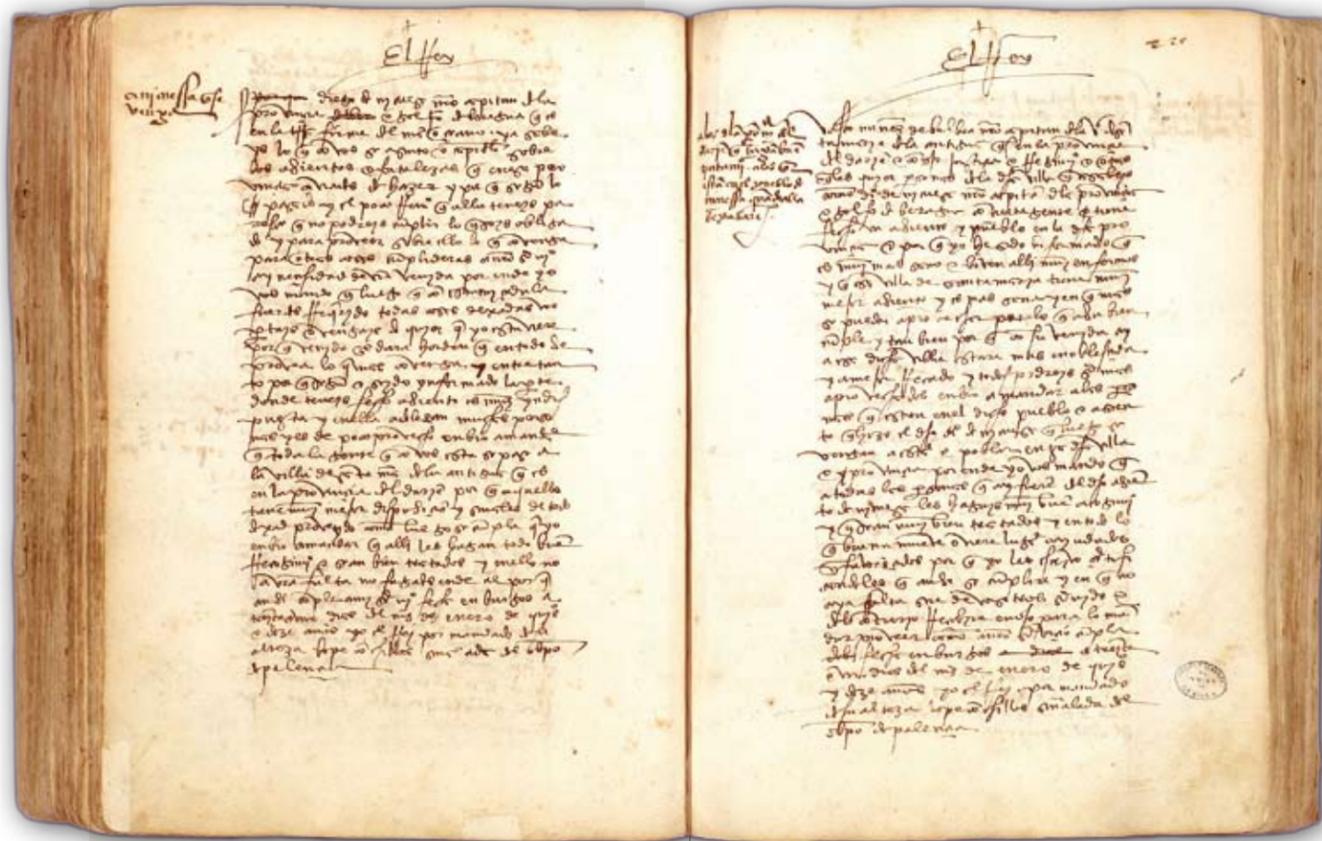
Fray Bartolomé de las Casas escribió una *Historia de las Indias* (1552-1561) que, aunque inédita hasta el siglo XIX, pudo utilizar el gran cronista de la generación siguiente, Antonio de Herrera. El apasionado dominico discute con frecuencia los asertos de Anglería, por no ser un testigo directo de aquello que narra, y por no ser su relato tan benévolo con los indígenas como el suyo. De Balboa, decía De las Casas, que *era de buen entendimiento, y mañoso y animoso, de muy linda disposición, y hermoso de gesto y presencia; de su gesta, da detalles únicos no presentes en otros autores*.

No se puede dejar de mencionar al gran antagonista del padre De las Casas: Gonzalo Fernández de Oviedo, con su *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano* (parcialmente impresa en 1535). Cortesano de novelesca vida, estuvo al servicio de príncipes, nobles y cardenales en España e Italia. Su paso como oficial real a América en 1513, en la expedición de Pedrarias Dávila, le proporcionó conocimientos de primera mano para su futura labor de historiador y naturalista (fue nombrado cronista de Indias en 1532). Al mismo tiempo, siendo *a priori* una ventaja su participación en los hechos narrados, su objetividad ha sido puesta en duda en la medida en que sus intereses (y los de la Corona, su empleadora) chocaron con los de otros sujetos de su relato, como el propio Pedrarias.

B. V. C.



De Orbe Novo, de Pietro Martire d'Anghiera o Angleria. Alcalá de Henares, impreso por Miguel de Eguía, 1530. Libro en papel, encuadrado. 117 hojas de 29×20 cm. Universidad de Sevilla, Biblioteca, A Res. 38/2/10.



Real Cédula a Diego de Nicuesa para que traslade población a la nueva ciudad de Sta. María de la Antigua del Darién. Burgos, 31 de enero de 1512.

Real Cédula a Vasco Núñez de Balboa para que pueble la ciudad nueva ciudad de Sta. María de la Antigua del Darién. Burgos, 31 de enero de 1512.

Forma parte del *Libro Registro Cedulaario del Consejo de Indias*, "Registros Generalísimos". Papel manuscrito. 2 hojas de 29x21 cm. Archivo General de Indias, Sevilla, INDIFERENTE, 418, L.3, fols. 219 vº - 220 rº.

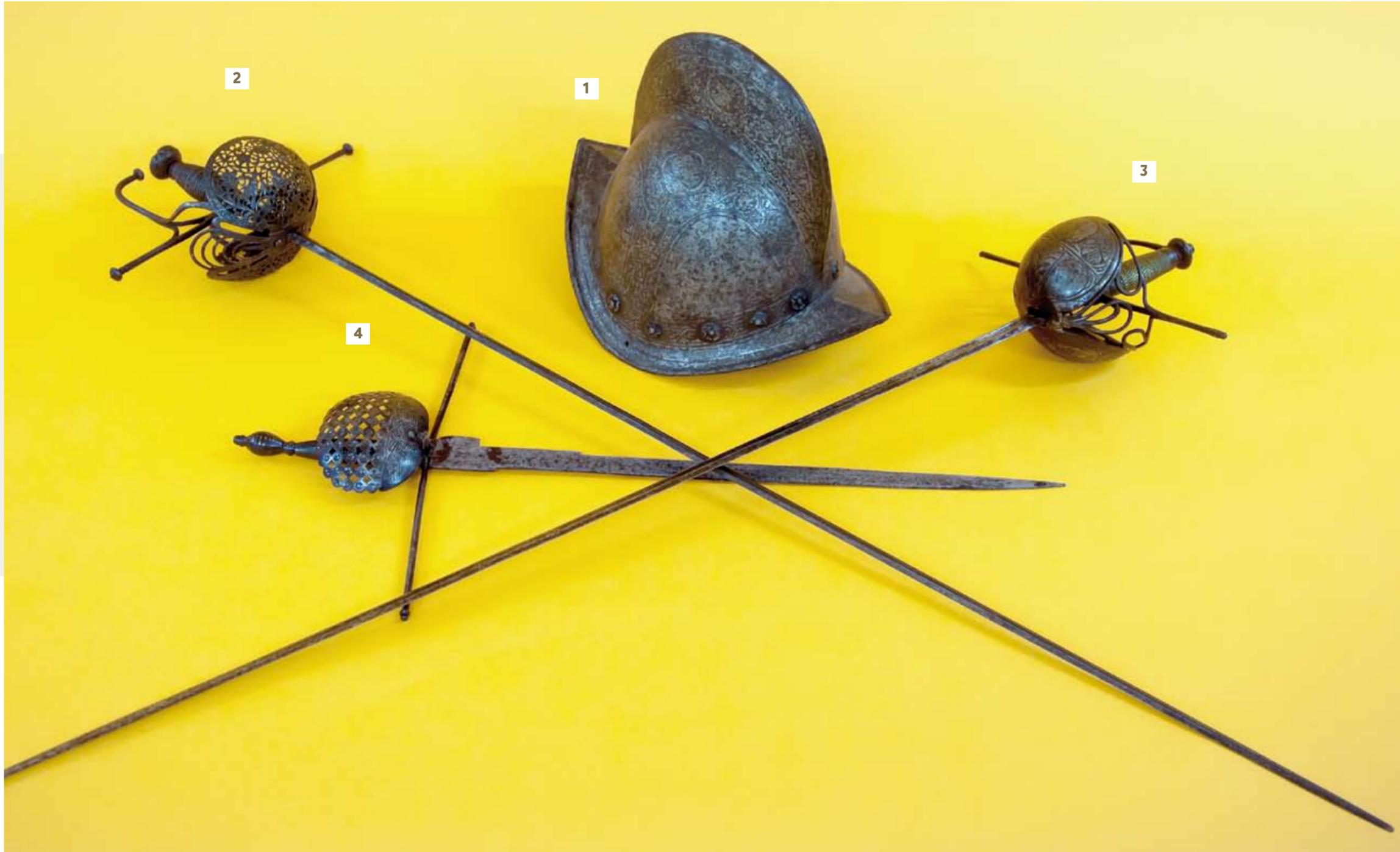
Cuando las embarcaciones de Martín Fernández de Enciso alcanzaron las costas del Darién, se encontraron con los restos de la expedición de Ojeda, agotados y desanimados. Reunidos ambos contingentes, arribaron al golfo de Urabá, aunque en vez de retomar el fallido asentamiento de San Sebastián, siguieron las indicaciones de Balboa, que había visitado aquellas costas con Rodrigo de Bastidas. Fue entonces cuando pisaron los dominios del cacique Cémaco quien, espantado, dejó campo libre para la fundación de la que sería la primera ciudad de *Tierra Firme*. Santa María de la Antigua la denominaron, en honor a esta advocación mariana, acaso por llevarla consigo desde la ciudad de Sevilla, en la que recibía y recibe culto.

La ciudad fue fundada y hubo de ser poblada, motivo por el cual se ordenó a Diego de Nicuesa, quien a la sazón sobrevivía con algunos hombres en la costa panameña, a que se reuniese con los demás españoles en esta nueva ciudad. Surgió entonces el conflicto entre Nicuesa y los alcaldes de la nueva villa, Balboa entre ellos, pues no quisieron reconocerle como su gobernador, motivo por el cual Nicuesa partió enojado hacia La Española, pereciendo en el intento.

EXPEDICIONES Y CONQUISTAS EN TIERRA FIRME. FUNDACIÓN DE LA PRIMERA CIUDAD ESPAÑOLA EN TIERRAS CONTINENTALES: SANTA MARÍA DE LA ANTIGUA DEL DARIÉN

La llegada de los españoles al golfo de Urabá pone en marcha un nuevo proceso de dominio: la conquista de Tierra Firme. En el territorio selvático del Darién, que compar-ten actualmente Colombia y Panamá, se abre una nueva frontera, la primera de toda la América continental en donde, como veremos, se repite la desoladora situación vivida años atrás en Santo Domingo. Los españoles —unos ciento ochenta hombres—, liderados ahora por Enciso, regresaron a las tierras de los feroces urabae y encontraron que el poblado de San Sebastián había sido destruido por los indios. Sin alimentos, enfermos y desesperados buscaron el modo de escapar de aquel infierno. En estos críticos momentos surge una propuesta esperanzadora: *Yo me acuerdo*, dijo el polizón Balboa, *que los años pasados, viniendo por esta costa con Rodrigo de Bastidas a descubrir, entramos en este golfo y a la parte de occidente, a la mano derecha, según me parece, salimos en tierra y vimos un pueblo de la otra banda de un gran río y muy fresca y abundante tierra de comida y la gente de ella no ponía hierba en sus flechas*. Así lo refiere Bartolomé de las Casas, quien atribuye a Balboa la propuesta de trasladarse a la costa occidental del golfo, convirtiéndose con este gesto en el salvador de un grupo de desesperados e iniciando con ello su liderazgo. Era precisamente en este punto donde comenzaba la gobernación de Veragua confiada a Diego de Nicuesa. Pero para los hombres de Urabá esta circunstancia no parecía importarles demasiado.

A comienzos de noviembre de 1510, navegando sin perder de vista el litoral, los españoles llegaron a la desembocadura de un gran río y lo remontaron hasta llegar a las tierras de Cemaco, un cacicazgo de lengua cueva instalado a orillas del río Darién (actual *Tanela*), a unos siete kilómetros y medio de la costa. Más de quinientos guerreros indios esperaban a los españoles en lo alto de una loma dispuestos a resistir a los invasores. Es entonces cuando los españoles, siguiendo también aquí el relato de las Casas, *hincáronse de rodillas y con mucha devoción encomendaronse a Dios y hicieron voto a Nuestra Señora, como en Sevilla dicen, del Antigua, con cuya imagen toda la ciudad tiene gran devoción, de si les diese vencimiento, la primera iglesia e pueblo que hiciesen por allí intitullalla que se llamase Santa María de la Antigua, y más de esto: que enviarían un romero a Sevilla para que le ofreciese por todos algunas joyas de oro y plata que con él enviarían*. La victoria en aquella batalla y la consiguiente fundación de Santa María de la Antigua del Darién, la primera ciudad española en tierras continentales, aun



1 Morrión. Primera mitad del siglo XVI.
Acero forjado. 26,5×21,5×33 cm.
Museo de Artes y Costumbres Populares,
Sevilla, inventario nº DE1232U.

2 Espada. Siglo XVII.
Acero forjado. 114,5×30,3×11,4 cm.
Museo de Artes y Costumbres Populares,
Sevilla, inventario nº DE102U.

3 Espada. Finales del siglo XVII.
Acero forjado y cincelado.
108,5×28,5×11,8 cm.
Museo de Artes y Costumbres Populares,
Sevilla, inventario nº DE1279C.

4 Daga de mano izquierda. Siglo XVII.
Acero forjado y grabado. 66×31×5 cm.
Museo de Artes y Costumbres Populares,
Sevilla, inventario nº DE1276C.

Estas armas formaron parte de las colecciones de Aguiar y González Abreu, donadas ambas al Museo de Artes y Costumbres Populares de Sevilla. De manufactura toledana, responden a los tipos usuales de armamento español de los siglos XVI y XVII. Las armas de fuego desempeñaron un papel destacado en la conquista, por su efectividad y por su impacto emocional sobre los indígenas, aunque los conquistadores apreciaban las espadas, más nobles y de reminiscencias caballerescas. De hojas afiladas, protegían la mano con sus gavilanes, que le daban forma de cruz, y podían incorporar una o dos conchas, término que se refiere a la extensión de metal que cubría la mano. Si blandidas contra el enemigo imponían respeto, alzadas al viento reforzaban la autoridad de quien las empuñaba y, vueltas del revés, adquirirían una simbología religiosa.

Foto A. del Junco



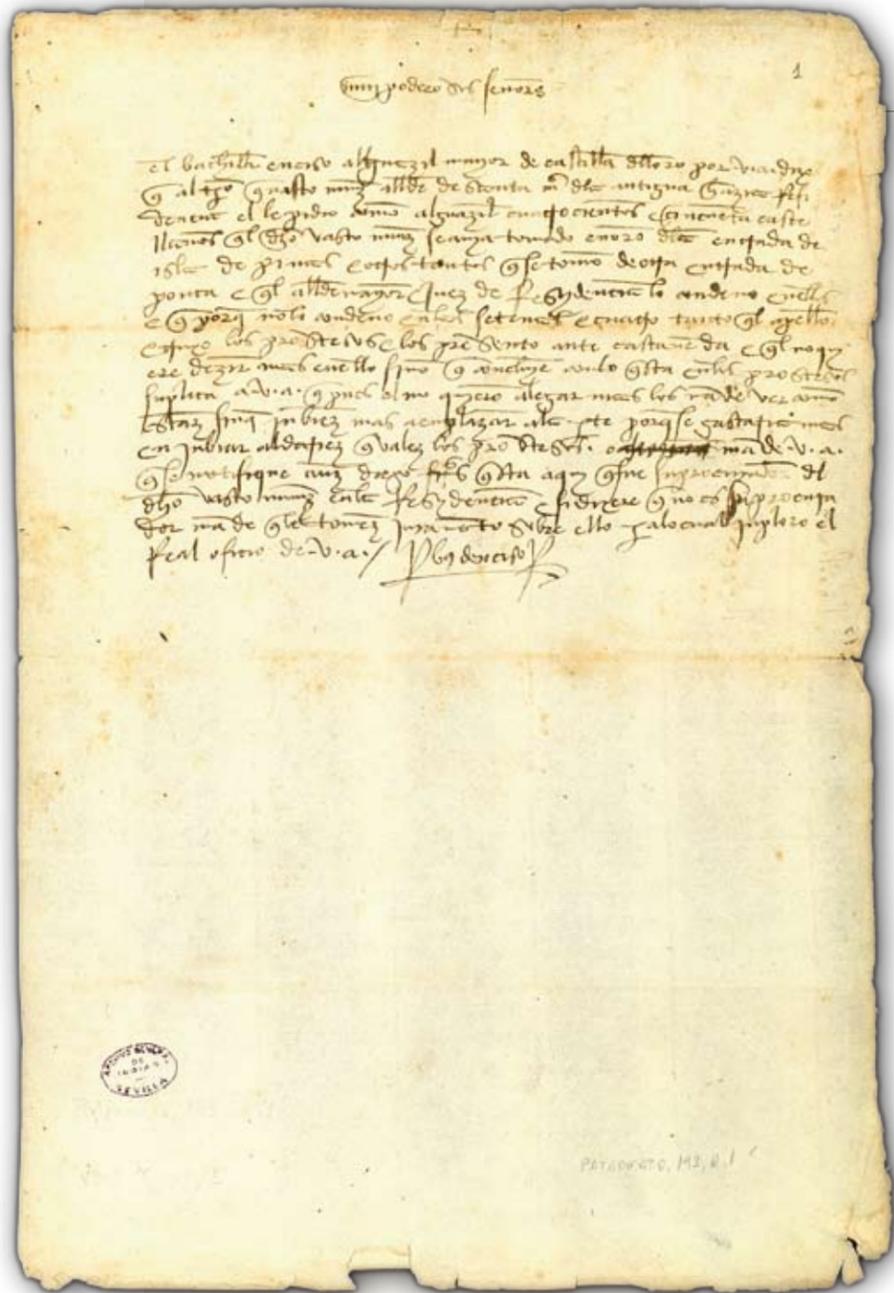
**Suma de Geographia,
de Martín Fernández de
Enciso. Sevilla, 1530.**

Impreso por Juan
Cromberger. Libro en
papel encuadernado. 90
hojas de 29,3×20,5 cm
Universidad de Sevilla,
Biblioteca, A RES.
38/3/13.

Martín Fernández de Enciso fue un cosmógrafo que participó en las primeras empresas que partieron hacia la *Tierra Firme* americana. Lugarteniente de Alonso de Ojeda, tras años de vicisitudes, regresó a Sevilla y publicó esta obra, aunque al parecer no le autorizaron a acompañarla de los mapas con que tenía pensado ilustrarla. Este compendio de la geografía universal pretendía dar a conocer los recientes descubrimientos en el Nuevo Mundo y otras costas ignotas, como las africanas, además de aportar referencias a las técnicas de navegación necesarias para surcar los océanos.

siendo obra del grupo, daba el espaldarazo definitivo a Balboa. Se producía además un hecho inusual en las Indias, reproducido años más tarde por Hernán Cortés en la villa de Veracruz: una hueste acéfala —puesto que la autoridad de Enciso fue contestada por considerarse que carecía de facultad al hallarse fuera de los límites de la gobernación otorgada a Alonso de Ojeda— adquiría el protagonismo a las órdenes de un nuevo e inesperado jefe, como Balboa, que había llegado ilegalmente a aquellas tierras y carecía de autoridad legítima. Y más aún tras la desaparición de Diego de Nicuesa, el verdadero jefe, del escenario del Darién. Pues, como es sabido, su desastroso periplo por las costas de Veragua culminó en un rotundo fracaso, quedando aislado y sin capacidad para resistir en el puerto de Nombre de Dios, que él mismo había fundado en 1510. En socorro de Enciso y de su famélica hueste acudieron los hombres del Darién, pero en lugar de recibirlo y prestarle la obediencia debida, planearon expulsarlos sin víveres y en un hacinado bote del que nunca más se tuvo noticias. Se producía con este hecho la curiosa circunstancia de que los dos gobernadores desaparecieron a un mismo tiempo de este escenario, provocando la acefalía de sus respectivos territorios. Este vacío de poder, orquestado con gran astucia por Balboa, será aprovechado en su beneficio convirtiéndose en el líder indiscutible de la colonia aunque el extremeño es consciente de que necesita legitimar su autoridad y nada mejor para no ser castigado que hacer valer sus méritos de gran conquistador ante el rey.

Se desencadena ahora una sorprendente dinámica penetradora. Ésta persigue, en primer lugar, la búsqueda de alimentos para saciar la hambruna de los españoles y también de un botín de guerra lo suficientemente atractivo como para mantener satisfecha a la hueste. Con algo más de un centenar de hombres, Balboa despliega una incesante actividad e invade los cacicazgos indios del territorio cueva buscando su alianza y colaboración. A veces utiliza métodos brutales, otras ejerce una acción diplomática de una extraordinaria agudeza, y lentamente se hace con el control de las tribus más hostiles a las que mueve a su antojo como piezas de ajedrez. Son dos las grandes expediciones que tomando como base de operaciones el modesto asiento de Santa María de la Antigua se suceden en esta etapa inicial hasta llegar al gran descubrimiento. La primera de éstas visita los cacicazgos cuevas que se extienden hacia el occidente de la franja ístmica, entre la cordillera costera y el Caribe. A unas veinticinco leguas de distancia, se encuentran las tierras de Careta, regidas por el cacique Chima, que serán invadidas por la hueste de Balboa sin que sus habitantes ofrezcan ninguna resistencia. No obstante los indios se oponen con forzadas excusas a entregar el oro y los alimentos solicitados. Allí los hombres rescatan a tres españoles procedentes de la maltrecha hueste de Nicuesa, que habían sido capturados por los indios y vivían como tales. Uno de éstos, llamado Juan Alonso, convertido ahora en capitán del poblado, facilita el encuentro y se revela como un intérprete o lengua sumamente valioso para los españoles. Con su ayuda, los invasores urden una estratagema y en la oscuridad de la noche incendian el poblado, consiguiendo comida en abundancia y un buen número de indios esclavos, entre ellos el propio Chima y toda su familia que fueron conducidos hasta el poblado de Santa María cargados de cadenas. Durante los días transcurridos en el poblado español, Chima mudó de opinión, transformándose en un decidido aliado de Balboa, quien por



Carta de Martín Fernández de Enciso al Consejo de Indias sobre la residencia que le tomó Vasco Núñez de Balboa. 5 de julio de 1512.

Papel manuscrito. 2 hojas de 31,5×21 cm.
Archivo General de Indias, Sevilla,
PATRONATO, 193, R.1.

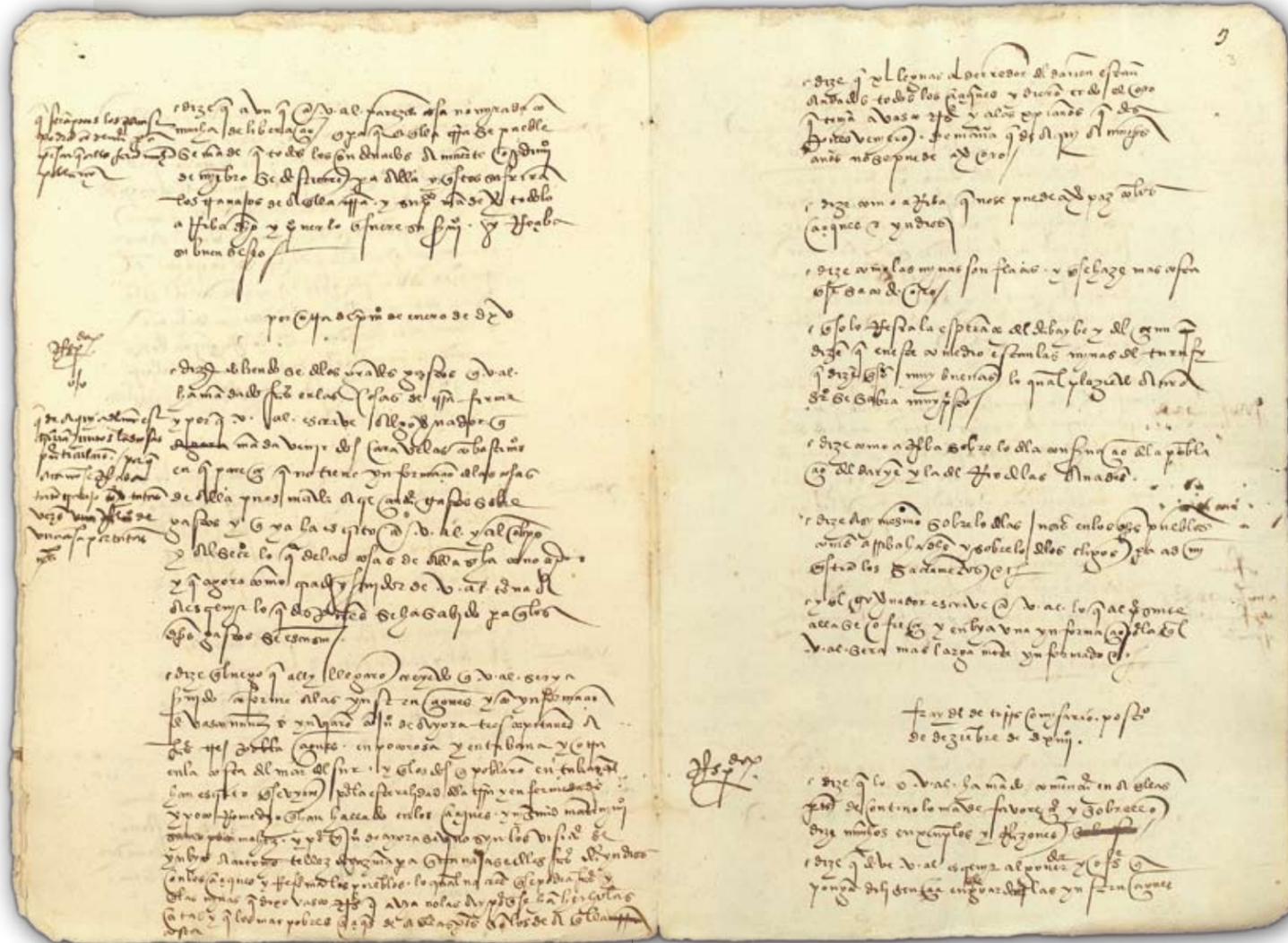
Deseoso de aventuras, Vasco Núñez de Balboa se coló en las embarcaciones capitaneadas por Fernández de Enciso, quien en 1510 buscaba hombres y víveres para los recientes asentamientos del continente americano. Este atrevido polizón partió así hacia *Tierra Firme* y, estando en alta mar, se plantó ante el bachiller Enciso y le ofreció sus servicios. Su osadía estuvo a punto de costarle cara, aunque al final accedió a incorporarlo entre sus filas.

La tensión entre ambos afloró en varias ocasiones: Si Balboa logró la destitución de Enciso por usurpar el mando de Ojeda y por su "incapacidad" para liderar la tropa y afianzar el dominio español de aquellas tierras, el bachiller lo acusó de su insubordinación y de quedarse con más oro del que le correspondía, motivo por el cual le tomó juicio de residencia, dando cumplida cuenta al Consejo de Indias.

su parte se ofreció a defenderle de los ataques de un cacique del interior llamado Ponca con el que Chima mantenía una guerra abierta. Por lo pronto, el cacique aceptó recibir las aguas del bautismo, tomando el nombre de *don Fernando*, en memoria del rey español, y luego se comprometió a enviar a sus indios a trabajar en las sementeras de los españoles. Finalmente, Chima selló su pacto de alianza con los españoles ofreciéndole a Balboa su tesoro máspreciado: su hija, una bella y sumisa india a la que hoy conocemos con el imaginario nombre de *Anayansi*.

Allá por donde van, Balboa y su hueste utilizan a su antojo las rivalidades internas de las tribus indias sirviéndose de la misma estrategia disuasoria, no exenta de violencia, que casi siempre les reporta magníficos resultados. Cumpliendo con la promesa realizada, la hueste de Balboa y los guerreros de Chima invaden las tierras de Ponca y vencen en la batalla. Luego se dirige hacia la costa, a la provincia india de Comogre: una de las más nutridas de la franja ístmica, pues dispone de unos diez mil guerreros, logrando también su obediencia. El cacique de Comogre recibe a los invasores con gran hospitalidad y los agasaja con alimentos y oro en abundancia. Un botín de 4.000 pesos de oro y setenta esclavos sella la alianza de los indios con Balboa. Y como prueba de amistad, los de Comogre aceptan someterse a un extraño ritual, tan precipitado e inoportuno como la visita de los extranjeros: el bautismo de un buen número de guerreros, comenzando por el propio cacique, al que los españoles ponen el nombre de *don Carlos*, en homenaje al príncipe heredero. Es allí donde Balboa recibe noticias, por vez primera, de la existencia del que más tarde será conocido como el océano Pacífico. Los indios le informan de que al otro lado de la sierra, a tan sólo tres días de marcha hacia el sur, se encontraba otro mar, ofreciendo sus servicios para guiar a la hueste hasta el lugar exacto. Pero ahora los hombres, que reciben esta noticia con enorme expectación, están cansados y enfermos y deciden regresar al campamento base para reponer fuerzas. Allí en Santa María aguardarán la llegada de los refuerzos que esperan en hombres, caballos y armas desde Santo Domingo para nutrir una hueste diezmada y emprender otras expediciones más ambiciosas. Mientras tanto el rey Fernando sanciona de manera provisional la irregular jefatura de Balboa y lo nombra mediante Real Cédula fechada el 23 de diciembre de 1511 gobernador y capitán del territorio *entretanto que mandamos proveer de gobernador e justicia de la provincia del Darién, que es en la Tierra Firme*.

Se ha señalado y con razón que las empresas más importantes de Balboa, incluida la del gran descubrimiento, tuvieron lugar en el periodo comprendido entre mediados de 1512 y 1514. Es indudable que el extremeño necesita ganarse el favor regio para borrar las antiguas faltas; también que recela de sus enemigos, especialmente del bachiller Martín Fernández de Enciso, quien después de haber sido expulsado de la colonia se encuentra en la corte confabulando contra él. Por todo ello redobla sus esfuerzos y busca ahora casi desesperadamente esa gran hazaña que podría acallar las voces de sus detractores y asegurarle méritos irrefutables. Y, por si acaso, decide enviar a la corte a dos emisarios para que revaliden su nombramiento de gobernador: primero a los procuradores Rodrigo de Colmenares y Juan de Caicedo y más tarde a su fiel amigo el hidalgo Sebastián de Ocampo.



Relación de las conquistas y descubrimientos llevados a cabo en las provincias de la Mar del Sur, realizada por Gaspar de Espinosa, alcalde mayor de Castilla del Oro. 1515.

Papel manuscrito.
4 hojas de 31,5x21,7 cm.
Archivo General de Indias, Sevilla.
PATRONATO, 26, R.7 (1).

Pedrarias Dávila, gobernador de la provincia de Castilla del Oro, encomendó a su alcalde mayor, Gaspar de Espinosa, la descripción de las recientes conquistas, incluidas las costas de la Mar del Sur. En parte para informar al Consejo de Indias y al rey, pero también para evidenciar que las hazañas de Vasco Núñez se inscribían en las actuaciones supervisadas por el gobernador de aquellos contornos.

Con todo, esta *relación* menciona algunas de las actuaciones de Balboa, el sometimiento de los caciques indígenas de Pocosora, Tubanamá y el oro recaudado.

Las nuevas expediciones se desarrollan ahora en un nuevo escenario: el golfo de Urabá y las tierras lacustres que se extienden hacia el sur regadas por los afluentes del Atrato en donde se tienen noticias de la existencia de grandes riquezas en oro. A la exploración de este caudaloso río, bautizado como río *San Juan* por los españoles por haber sido descubierto el 24 de junio de 1512, suceden nuevas entradas por las tierras de Abraibe, Abanumaque y Abibaibe en donde no encuentran ni rastro del tan ansiado oro. La búsqueda del fabuloso reino del *Dabaibe*, objetivo final de esta nueva expedición, se vio bruscamente interrumpida ante la noticia de una confabulación de las tribus indias que finalmente será disuelta con asombrosa facilidad gracias a la astucia del extremeño y a la delación de una de sus mancebas indias, a la que el cronista Anglería bautizó como Fulvia.

Vasija de cerámica indígena del contexto cultural de Gran Coclé (Panamá). Siglos IV a XIII.

Arcilla y pigmento. 10 cm de altura y 89,5 cm de diámetro. Museo de América, Madrid, inventario nº 1998/02/60.



Ilustración de indígenas de la provincia de Citará y el poblado de Negua (Colombia). 1687.

Papel manuscrito; dibujo a pluma, coloreado. 22,2×31 cm. Archivo General de Indias, Sevilla, MP-PANAMÁ, 381.



Aunque se trata de poblaciones algo alejadas del área de acción de Vasco Núñez de Balboa y son documentos de fecha posterior, nos ilustran a la perfección del tipo de asentamiento indígena común en aquellas latitudes, el mismo que se encontró Balboa cuando recorrió las costas del Pacífico.

Ilustración de indígenas de la provincia de Citará y el poblado de la Concepción de Lloro (Colombia). 1687.

Papel manuscrito; dibujo a pluma, coloreado. 22,6×31,2 cm. Archivo General de Indias, Sevilla, MP-PANAMÁ, 382.



Paces, alianzas y una conquista violenta

Vasco Núñez de Balboa, nacido en la localidad extremeña de Jerez de los Caballeros, cuna de conquistadores, realizó la gran hazaña de descubrir un nuevo océano para los europeos. Para ello contó, no sólo con la ayuda de sus hombres, sino de algunos pueblos indígenas que, al someterse a los españoles, le brindaron apoyo e información. En el seno de una de estas tribus, según relatan las crónicas, Panquiaco, hijo del cacique Comogre, al ver cómo los conquistadores apreciaban el oro, da la primera noticia a Balboa de la existencia de otro mar que bañaba unas tierras repletas de este preciado metal. Y allí, al sur de donde se encontraban, subiendo una cordillera, Núñez de Balboa divisó por primera vez el "Mar del Sur".



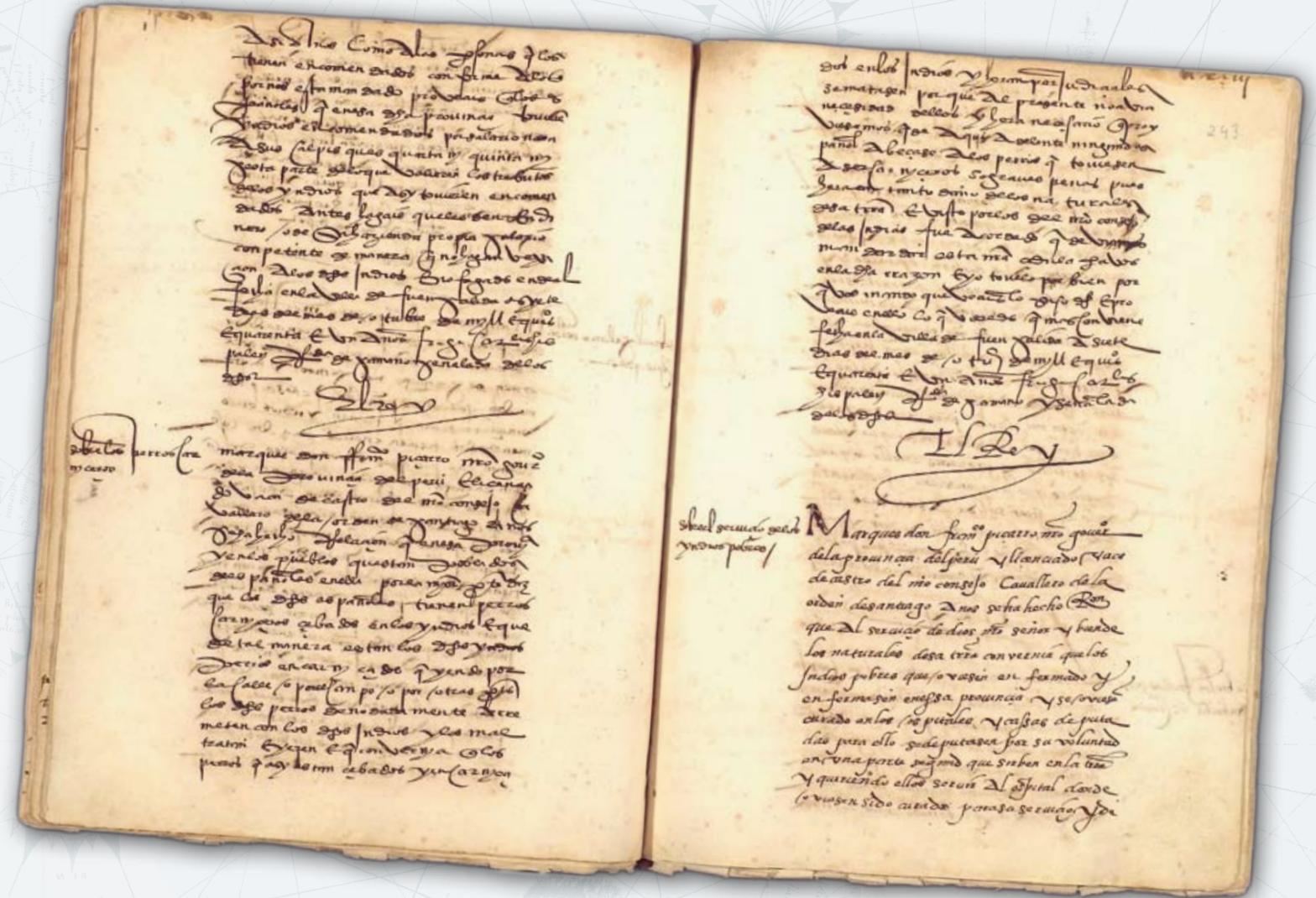
Estos indios vieron cómo unos seres de tez blanca, barbudos y vestidos con extraños atuendos, entraban en sus tierras con el objetivo de someterlos y conseguir el metal que parecía volverles completamente locos. Muchos de ellos les plantaron cara pero otros, conscientes de la superioridad de los conquistadores, se rendían. Las brillantes armas de acero que todo lo cortaba, las armaduras que cubrían sus cuerpos, impenetrables para las lanzas y, sobre todo, las jaurías de perros que acompañaron a Balboa en sus expediciones, adiestrados por él, sobrepasaban la capacidad defensiva de los indígenas.



Sin embargo, los españoles también nos relatan, en múltiples documentos, los muchos trabajos, así por la mar en canoas como por tierra, de mucha necesidad que tuvimos.¹ Hambrientos; acosados por sus enemigos; esperando unos barcos cargados con refuerzos y avituallamiento que tardaban meses en llegar, si es que llegaban... No quedaba más remedio que abandonar los asentamientos fortificados a orillas del mar conocido y probar suerte adentrándose en tierras desconocidas. La alianza con los pueblos nativos era imprescindible para su supervivencia. Es más, sin ellos no hubiera sido posible la gran aventura del descubrimiento de un todo un nuevo mundo.

R. R. G. y M. A. P. F.

¹ Información de méritos y servicios de Nuflo de Villalobos, conquistador de Tierra Firme. 1529. AGI, PATRONATO, 92, N.2, R.1.



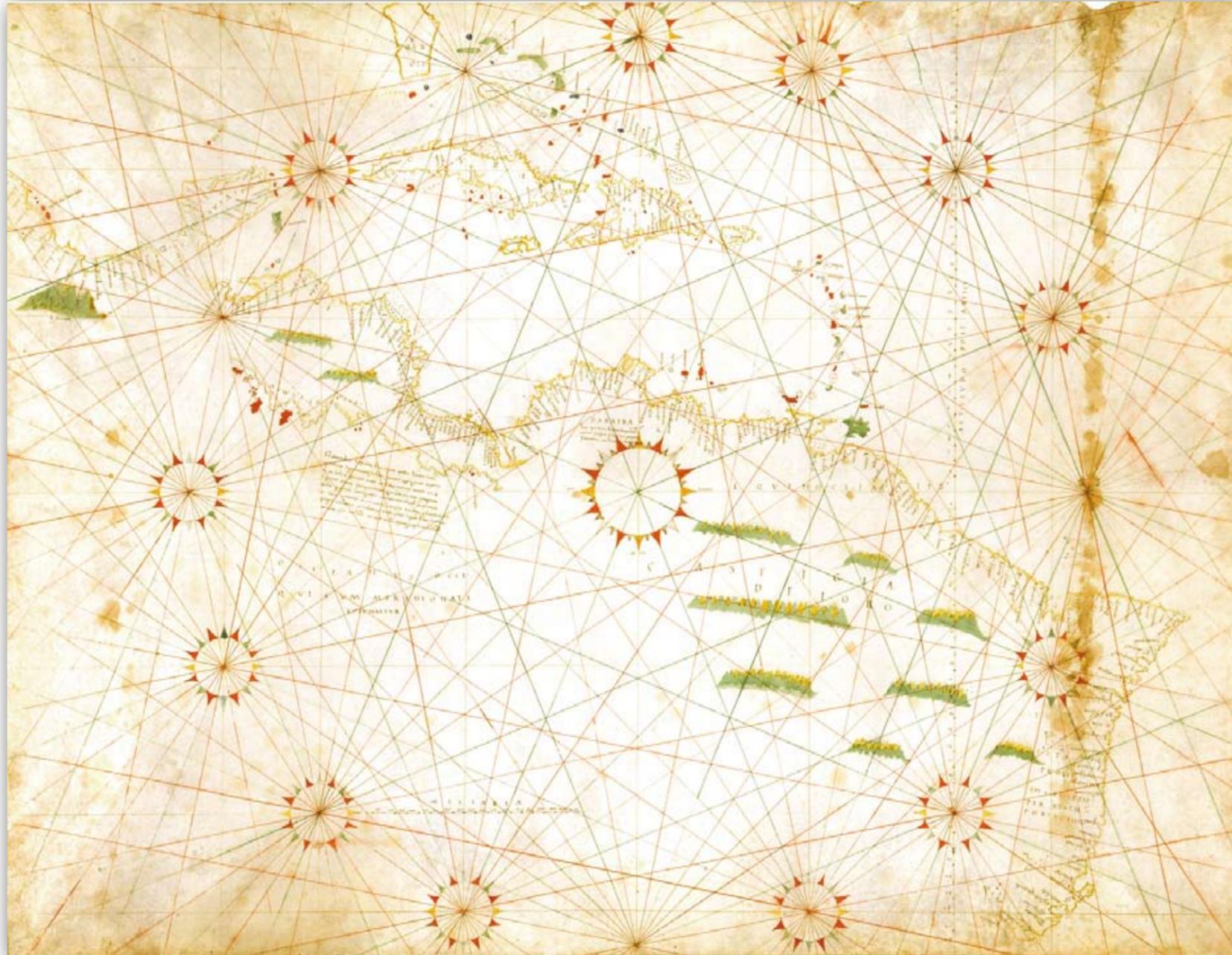
Real Cédula de Carlos I a Francisco Pizarro, por la que prohíbe el uso de "perros carniceros". Fuensalida, 7 de octubre de 1541.

Forma parte del Libro Registro Cedulaario del Consejo de Indias, "Registros de oficio y parte" de la Audiencia de Lima. Papel manuscrito. 1 página de 29x20 cm. Archivo General de Indias, Sevilla, LIMA, 566, L.4, fol. 242 vº.



Plato de cerámica indígena del contexto cultural de Gran Coclé (Panamá). Siglos XIV al XVI.

Arcilla y pigmento. 20,6 cm de altura y 27,5 cm de diámetro. Museo de América, Madrid, inventario nº 1991/11/19.



Mapa de las Antillas, el mar Caribe, el istmo de Panamá y las costas atlánticas de parte de América Central y Sudamérica [ca. 1518]. Pergamino manuscrito. 1 hoja de 68×90 cm. Herzog August Bibliothek, Wolfenbüttel (Alemania). Cod. Guelf. 103 Aug. Facsímil realizado por la editorial Círculo Científico.

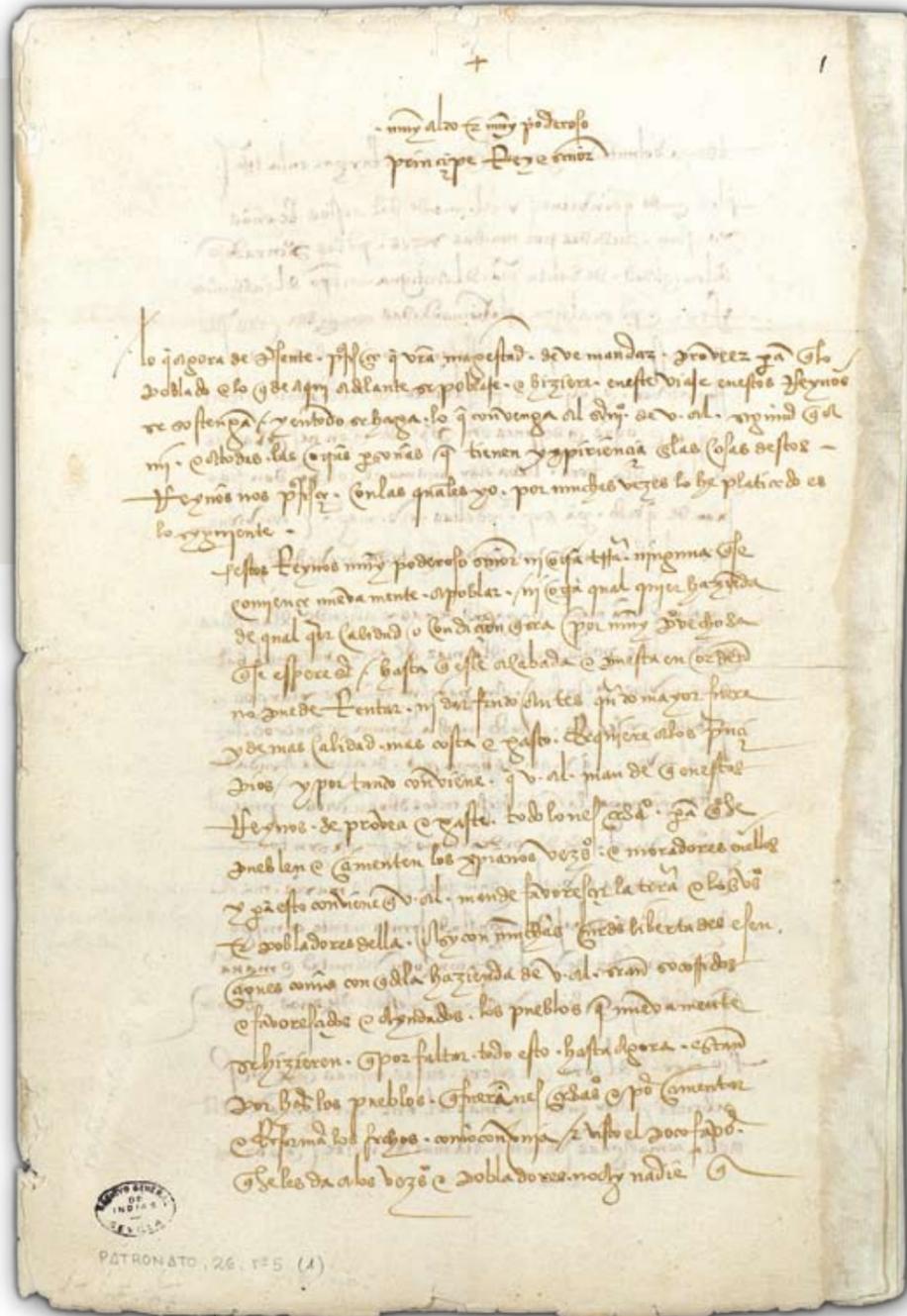
Este mapa plasma los datos recogidos en el Padron Real y cartografía las costas descubiertas hasta el momento de su confección, incluidas las halladas por Vasco Núñez de Balboa. Pese a su precisión, su autor persiste en rechazar el carácter continental de América, a juzgar por una anotación incluida en el mapa.

EL DESCUBRIMIENTO DE LA MAR DEL SUR: LOS COMIENZOS DEL IMPERIO GLOBAL

El *Dabaibe* resultó ser uno más de los mitos que impulsaron a los españoles en su aventura exploradora por el Nuevo Mundo. No obstante, los conquistadores demostraron que la realidad americana, que aparecía ante sus ojos a golpe de descubierta, podía ser más rica y fabulosa que el mundo mágico de los romances caballerescos. La búsqueda de un estrecho, de un paso natural que permitiera a los buques navegar directamente a la India por la ruta occidental, tal y como había imaginado Colón, parecía un sueño tan difícil de alcanzar que a punto estuvo de convertirse en fantasía. Pero existía un océano desconocido hasta entonces por el ecúmene que iba a ser pronto revelado gracias a la hazaña de Vasco Núñez de Balboa y sus compañeros.

Como ya adelantamos, el 29 de noviembre de 1512 Balboa envía a dos procuradores a la corte: el poderoso hacendado Rodrigo de Colmenares y el veedor Juan de Caicedo. Llevan instrucciones precisas de concitar el favor regio para la desasistida colonia y para él mismo. Ignora que una vez en España conspirarán contra él para que sea destituido cuanto antes. Transcurrido algún tiempo, cuando llegue hasta los oídos de Balboa la noticia de que en la corte se prepara su relevo con el nombramiento como gobernador del territorio de un noble segoviano llamado Pedrarias Dávila, el extremeño no tiene más remedio que acelerar sus planes. Durante casi un año ha aguardado, confiado, la llegada de nuevos refuerzos en hombres, armas y víveres que ha solicitado a La Española. En agosto de 1513 la pequeña colonia española de Santa María dispone ya de unos cuatrocientos hombres, armas y alimentos suficientes. Desde luego no es el momento más adecuado. Ha comenzado la peor estación del año: el invierno tropical con sus interminables aguaceros y lodazales, pero el tiempo corre en su contra.

La expedición a la búsqueda del otro mar fue planeada minuciosamente de acuerdo con las informaciones que los indios proporcionaron a Vasco Núñez y con el apoyo de los caciques amigos. El jueves, 1 de septiembre de 1513, Balboa, con ciento noventa compañeros y una larga comitiva de indios porteadores, embarcaron en nueve canoas y un galeón, que los aguardaban en la desembocadura del río, y zarparon a las tierras amigas de Careta, a unos 30 km de distancia, en donde luego fundarían la villa española de Acla. Por mar llegan hasta el puerto del citado cacicazgo y desde allí se adentran —según Oviedo— a través de *un estrecho de tierra y no de agua*. Comienza la gran aventura. El anhelado paso es hallado, pero éste es terrestre y no una vía acuática, como se esperaba. Balboa ha proyectado establecer en Careta su campamento base y decide dejar allí a más de la mitad de sus hombres para luego proseguir su marcha a la provincia india del cacique Ponca con tan sólo noventa y dos soldados, que ha escogido entre los más fieles, y dos sacerdotes. Un nuevo retén de otros quince hombres permanecerá en la aldea de Quareca custodiando el cuantioso botín obtenido por la hueste. Anglería subraya la *nefanda voluptuosidad* de estos indios contra los que los españoles actuaron con especial crueldad debido a sus prácticas homosexuales.



Petición de Pedrarias Dávila, en la que propone al rey para su aprobación las medidas a desarrollar en su jurisdicción.

Acla, 20 de abril de 1520.

Papel manuscrito.

4 hojas 31×21,2 cm.

Archivo General de Indias, Sevilla,

PATRONATO, 26, R.5 (1).

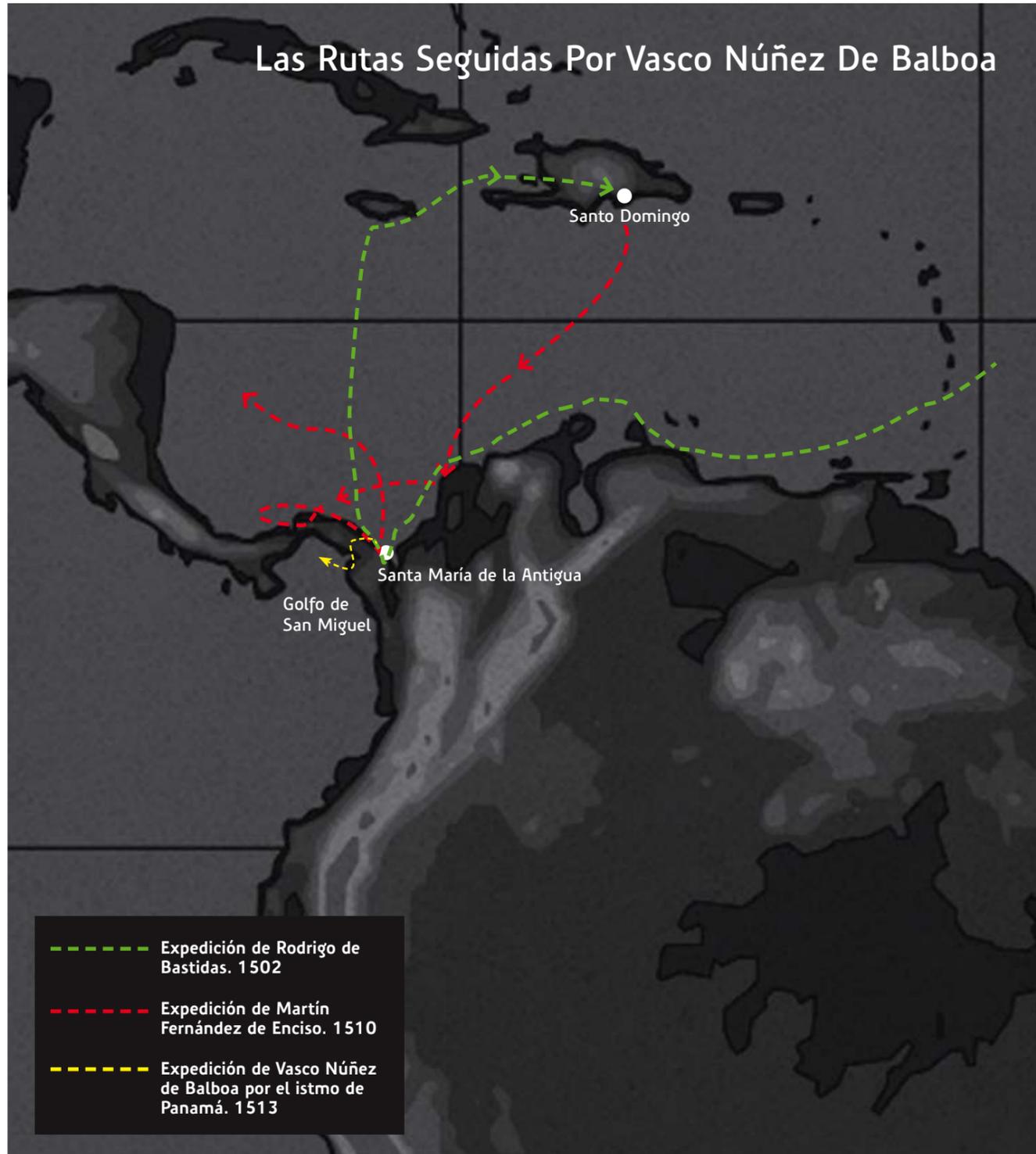
El nombramiento de Pedrarias Dávila como gobernador de la provincia de Castilla del Oro fue simultáneo al hecho descubridor del Pacífico, pues Pedrarias se enteró de la noticia hallándose de camino hacia Nuevo Mundo. Pronto surgieron las tensiones entre ambos, pues Balboa se resistió a ser mediatizado por el gobernador, tildado de enérgico, combativo y cruel con sus rivales o enemigos. Los títulos concedidos a Balboa no gustaron a Pedrarias, que reclamó una limitación a las prerrogativas y dignidades de Vasco Núñez, y deshizo muchos de los acuerdos que había concertado con los indígenas de la región.

El itinerario que los españoles siguieron en el cruce del istmo se correspondería en la nomenclatura actual con Sasardí Viejo en el Caribe hasta el golfo de San Miguel, en el Pacífico. La travesía estaba llena de dificultades: en medio de la intrincada selva los de Balboa tuvieron que vadear ríos caudalosos y ascender por las estribaciones de la actual sierra de Majé hasta llegar a un punto preciso en donde según los indios se divisaba la inmensidad del Pacífico.

No existe unanimidad respecto al día exacto del gran descubrimiento como tampoco lo hay en cuanto al lugar preciso del avistamiento. Tradicionalmente se ha sostenido que fue un martes 25 de septiembre de 1513, pero Kathleen Romoli, la documentada biógrafa de Balboa, y el mismo Carl O. Sauer consideran más acertado retrasar la fecha al 27 y no al 25, como afirma el cronista Oviedo, tal vez por un error en sus anotaciones. La confusión en el día exacto no empaña en modo alguno la importancia de la hazaña. Balboa quiso vivirla en solitario y ordenó a sus hombres —“los setenta y siete de la fama”—, entre los que se encontraba su lugarteniente Francisco Pizarro, que aguardaran su regreso mientras él ascendía a lo alto de la cumbre. Oviedo, quien tuvo en sus manos el diario que perteneció a Andrés de Valderrábano, escribano y registrador oficial de la expedición, anotó lo siguiente: *Y en martes veinte y cinco de aquel año de mil e quinientos y trece, a las diez horas del día, yendo el capitán Vasco Núñez en la delantera de todos los que llevaba por un monte raso arriba, vido desde la cumbre de él la mar del Sur, antes que ninguno de los cristianos compañeros que allí iban.* Una vez instalado en lo más alto de una de las cordilleras que bordean el río Chucunaque, desde donde se divisa el Pacífico, Balboa alzó las manos y los ojos al cielo y luego se hincó de rodillas para dar gracias a Dios. Luego llamó a sus hombres invitándolos a participar de aquel extraordinario encuentro y en solemne ceremonia tomó posesión en nombre de los monarcas españoles, el rey Fernando y la reina Juana, de este nuevo océano.

A continuación, el descubridor tomaría posesión dos veces más del inmenso mar en nombre de la Corona española. La primera vez el 29 de septiembre, con veintiséis compañeros escogidos, en una ensenada que bautizó con el nombre de San Miguel por ser el día de su festividad. Y un mes después, el 29 de octubre, en el archipiélago de las Perlas frente a una pequeña isla —Terarequí o Isla Rica— que no pudo visitar por la tormenta que azotaba el mar en aquellos momentos. A este nuevo Mar, que ahora se incorporaba a la historia universal por tan extraordinaria gesta, Balboa puso por nombre la *Mar del Sur* o Mar Austral, seguramente para diferenciarlo de la Mar del Norte o Caribe. Nunca sabremos si la información proporcionada por los indios a Vasco Núñez era un gesto desinteresado o si, por el contrario, no pretendían otra cosa que distraer a los molestos invasores y alejarlos de sus tierras. Pero lo cierto es que la noticia resultó providencial pues dio lugar a uno de los más importantes descubrimientos geográficos de aquella era. Europa entró en contacto por primera vez con “el otro mar”, con el océano Pacífico, fabuloso precedente de otra gran descubierta: la del Perú.

Las Rutas Seguidas Por Vasco Núñez De Balboa



Esta gesta suficientemente conocida y difundida en todos los libros de historia consagrará a Balboa como un héroe de leyenda universal, transmutado ahora de conquistador y valeroso capitán de su hueste en uno de los grandes descubridores de América. Las consecuencias geopolíticas del gran hallazgo no pueden pasar inadvertidas. Con el descubrimiento de la Mar del Sur, Panamá adquiere su verdadera dimensión en lo geográfico: la de istmo o puente entre dos mares y epicentro del continente americano.

Vasco Núñez halló el nuevo océano en tierras panameñas, pero no fue capaz de encontrar el estrecho marítimo para atravesarlo, sencillamente porque no estaba allí. La expedición de Magallanes/Elcano materializó por fin el acariciado sueño de Colón: se había hallado una vía para llegar a la India navegando hacia occidente, el ansiado paso entre los dos océanos. Justo ese mismo año de 1519, cuando la expedición de Magallanes se dispone a realizar su gran hazaña, Hernán Cortés llega al corazón del imperio azteca y revela sus riquezas y seguidamente —década de los 30— un capitán del Darién llamado Francisco Pizarro incorpora a la corona española el inmenso imperio del Incario. A partir de entonces se produce un cambio fundamental: puede decirse que América deja de ser una barrera, un obstáculo, para convertirse en nexo entre dos océanos y más adelante en el objeto de deseo de todas las potencias internacionales.



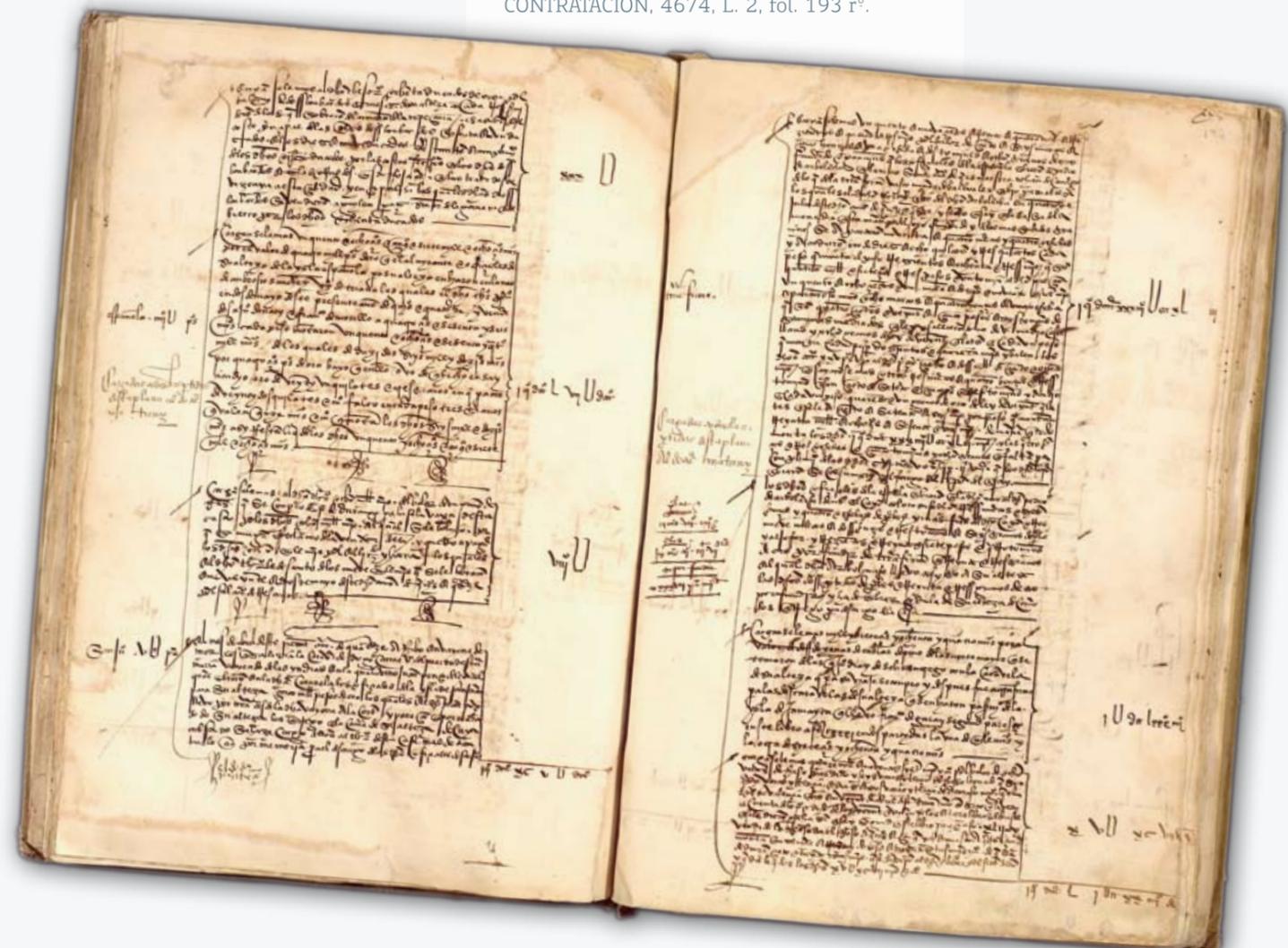
Piezas de oro de las culturas indígenas de la región del istmo de Panamá. Metropolitan Museum of Art, Nueva York.

Tesoro de Quimbaya, Colombia. Museo de América, Madrid.



Libro Manual de cargo y data de las cuentas de la Casa de la Contratación, del tesorero Sancho de Matienzo (1503-1515).

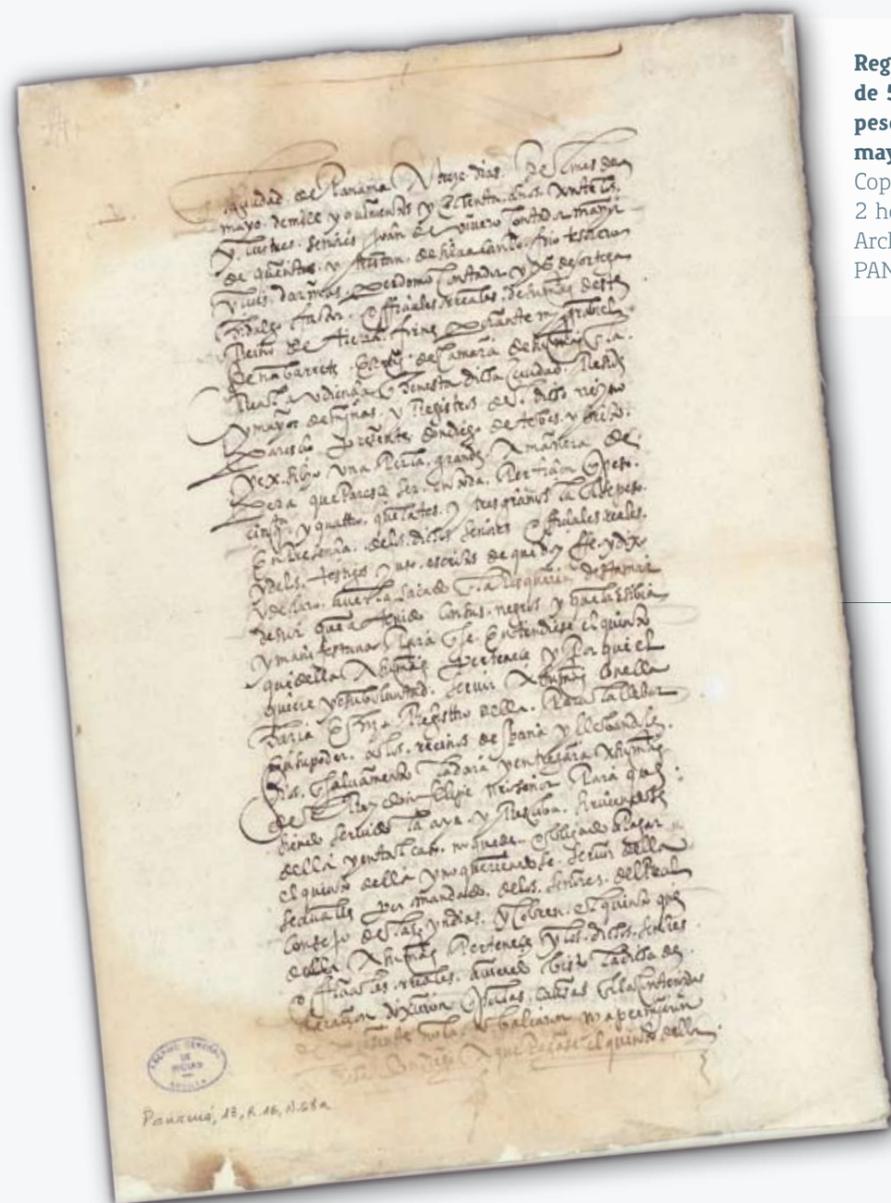
Incluye las cuentas del oro y las perlas remitidos por Vasco Núñez de Baboia desde Tierra Firme en 1513. Papel manuscrito; libro encuadernado. 287 hojas de 39,5×26,5 cm. Archivo General de Indias, Sevilla, CONTRATACIÓN, 4674, L. 2, fol. 193 rº.



El oro y las lágrimas de los dioses

La búsqueda de riquezas, alimentada por mitos medievales, fue el gran motor del descubrimiento y la colonización. En las sociedades prehispánicas los metales preciosos no tenían mercado ni comercio sino un valor ritual además de símbolos de poder y prestigio. Sus dirigentes fueron muy pronto conscientes de la fiebre áurea que afectaba a los españoles y de que su supervivencia dependía de la satisfacción de este deseo. Las joyas recibidas se fundieron en su mayor parte. Afortunadamente las 150 piezas en oro puro producto de la orfebrería Quimbaya localizadas en La Soledad (Colombia) han llegado hasta nuestros días, seguramente a causa de su descubrimiento tardío en 1890. Lo mismo podemos decir de las piezas de oro conservadas en el Museo del Oro de Colombia y en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York, procedentes de yacimientos de la región del istmo de Panamá y áreas colindantes. Sin embargo, el brillo del oro de rescates y tributos estaba prácticamente apagado a mediados del siglo XVI. Para fortuna de los españoles, la plata tomó el relevo. El flujo constante de este mineral activó la economía mundial y provocó el surgimiento del capitalismo.

Las perlas han sido apreciadas en todos los tiempos y en todas las culturas. Su mágico y misterioso nacimiento ha estado vinculado a múltiples leyendas. Plinio el Viejo se hace eco de la que atribuye su origen a la fecundación de las ostras por los rayos de la luna, para los griegos simbolizaban el encanto de Afrodita y las comparaban con las lágrimas de los dioses; en China la leyenda las hacía nacer del cielo como gotas de lluvia solidificadas, creencia que prevaleció en Europa durante siglos.



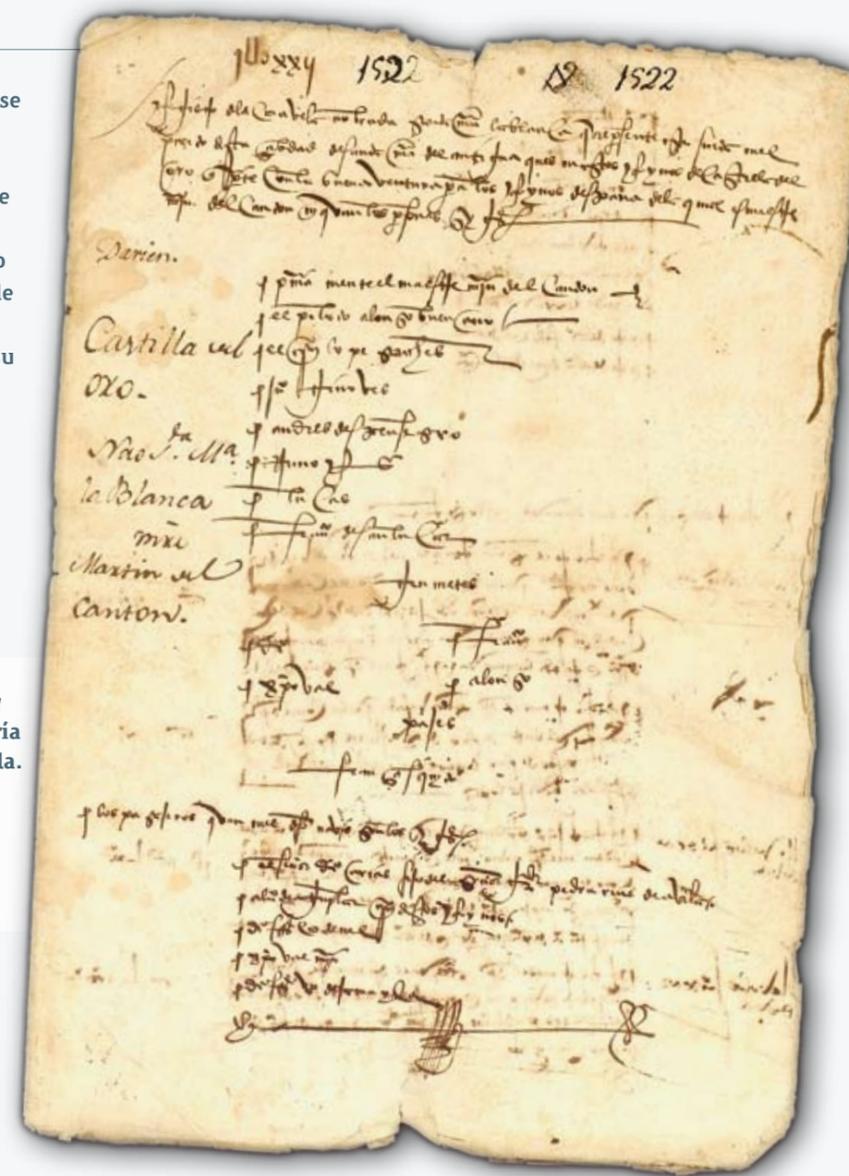
Registro que hizo Diego de Tebes de una perla de 54 quilates y 3 granos que procedía de su pesquería de la Mar del Sur. Panamá, 13 de mayo de 1580.

Copia certificada. Papel manuscrito. 2 hojas de 31,2×21,5 cm. Archivo General de Indias, Sevilla, PANAMA, 13, R. 16, N. 68 a.

Balboa cumplió sus compromisos con la Corona y fue remitiendo regularmente partidas de oro y perlas. Estos envíos, al alcanzar Sevilla, eran cuantificados por la Casa de la Contratación, como lo prueba el asiento de la partida correspondiente a una remesa de Vasco Núñez de Balboa en 1513.

Cristóbal Colón buscó perlas afanosamente, pero sólo las localizó en el tercer viaje en las islas frente a la costa venezolana, iniciándose a partir de entonces un lucrativo comercio con Europa, siendo las perlas americanas muy apreciadas por sus tonalidades y su oriente. Tras Venezuela, las perlas se obtuvieron los golfos de Panamá y California.

Fueron las joyas favoritas de las familias reales y nobiliarias. Vinculadas a la Corona española estuvieron dos perlas magníficas y legendarias, de excepcional belleza por su tamaño y por su forma de lágrima o perilla, retratadas por los grandes pintores de corte. Ambas de fascinante historia posterior.



Aunque la flota de regreso acabó organizándose desde La Habana, algunos barcos, como la carabela *Santa María la Blanca*, hicieron un recorrido alternativo. Partió de Santa María de la Antigua del Darién, con la buena ventura, para los reynos de España, aunque antes hizo escala en el puerto de Santiago de Cuba, donde fue revisado por los funcionarios reales. Iba repleta de oro de diversas calidades, aunque su carga se acrecentó en Cuba. Los destinatarios eran la Corona y los particulares que habían invertido en las empresas colonizadoras, siempre bajo la atenta supervisión de la Casa de la Contratación sevillana, que revisó el cargamento a su llegada.

Registro de venida de la carabela *Sta. María la Blanca*, que partió del puerto de Sta. María de la Antigua del Darién con destino a Sevilla. 1522.

Papel manuscrito. 1 hoja. 31,5×21,5 cm. Archivo General de Indias, Sevilla, CONTRATACIÓN, 2724, N. 1.

La primera de ellas la obtuvo en 1515 Gaspar de Morales, primo de Pedrarias Dávila, que llegó al Pacífico siguiendo la ruta de Balboa. Del cacique de la isla Tararequi recibió varias cestas y *muchas de las perlas que dio el cacique eran como avellanas, otras como nueces moscadas y una hubo de veintiséis quilates y otra de 31, hechura de cermeña, muy oriental y perfectísima, que compró Pedro del Puerto, mercader, como señala López de Gómara. Esta perla la compró Pedrarias para su mujer, Isabel de Bobadilla, y varios años después fue adquirida por la emperatriz Isabel de Portugal, esposa de Carlos I. La segunda de estas perlas singulares fue localizada en 1579 y era aún mayor, llegando al inusual tamaño de 58,5 quilates, la perla más grande del mundo. Felipe II la obtuvo de Diego de Tebes, alguacil mayor de Panamá, en 1580 y permaneció en la Corona española durante ocho generaciones.*

F. G. D.

Ilustración de la Villa Real de Zaruma, el cerro y sus minas. 1817.

Papel manuscrito; dibujo a pluma, coloreado. 1 hoja de 56,5×46,3 cm. Archivo General de Indias, Sevilla, MP-PANAMÁ, 232.

Una explotación minera y humana

Muy cerca de la costa pacífica, en la provincia de El Oro, se encuentra el cerro Zaruma, un pedazo de tierra, la mejor y más rica que ay hasta llegar al Zerro de Potosí, por ser riquísimas las vetas de oro que corren y van a quatro y a seis leguas, y a más y menos...¹ En él, los españoles encuentran aquello que más ambicionaban: oro y otros metales preciosos.

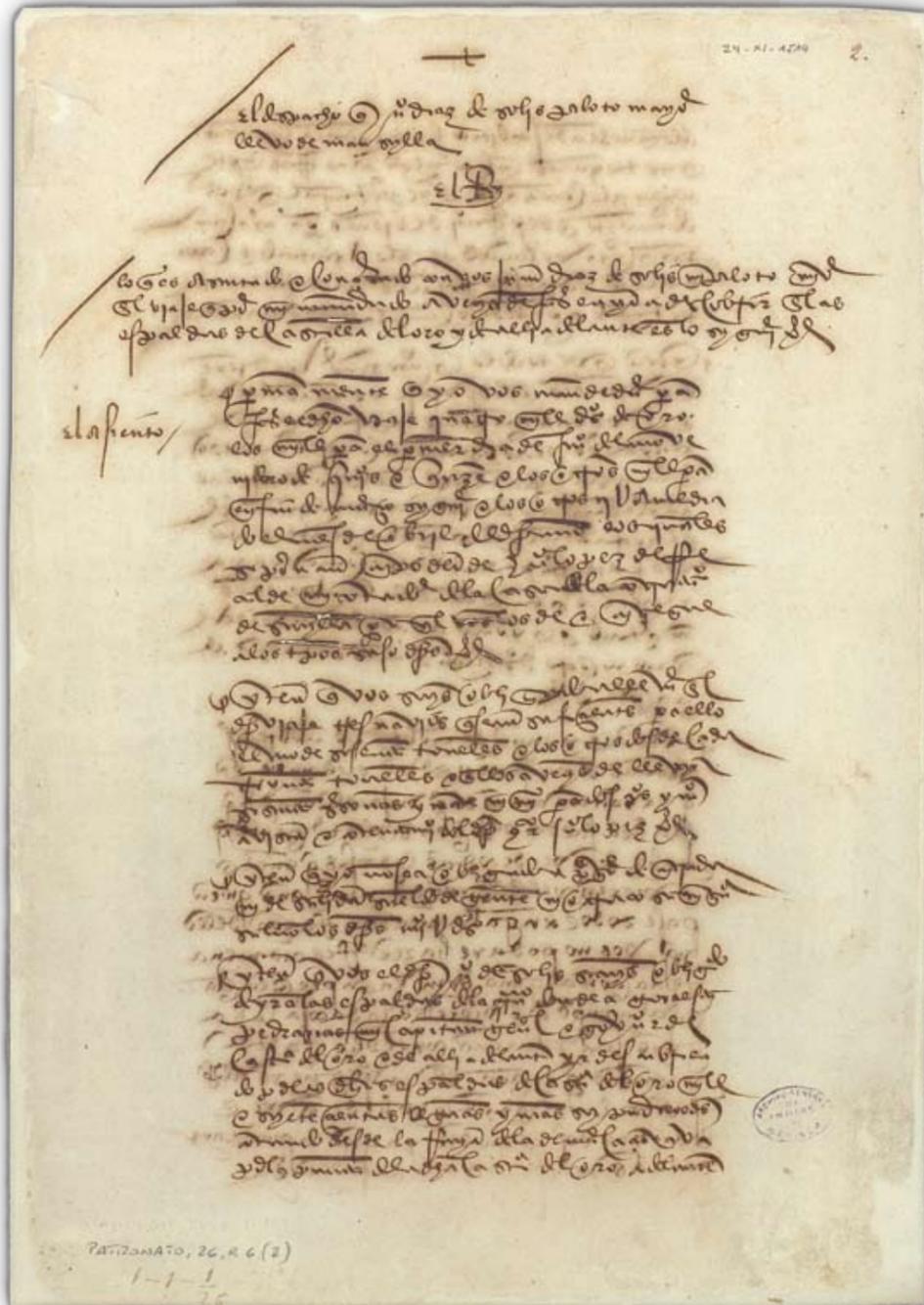
Pero el trabajo en las minas es arduo y penoso: pésimas condiciones, epidemias de viruela y sarampión que sacuden a las comunidades indígenas. No es de extrañar que en los últimos años del siglo XVI la ciudad de Zaruma estuviera casi despoblada, que no tiene veinte españoles en ella ni en las minas y que se constate que los encomenderos an consumido en estas minas más de XX mil indios que avía. Quizás con el fin de remediar una situación económicamente insostenible, o bien porque realmente la Corona se preocupa del bienestar de los lugareños, se elaboran informes en los que se recomienda mejorar las condiciones de trabajo de los indígenas, tratando de evitar accidentes. Por eso se obliga a las autoridades a que no entre ningún indio en socavón ni mina sin que primero la justicia y personas que él nombrare vean no tiene riesgo o que está bien apuntalada y que no se caerá ni derrumbará sobre ellos, aunque desconocemos si realmente se cumplen dichas directrices.

Sin embargo, los pueblos están muy mermados y, al ser los indios de los alrededores pocos y no vastantes para el sustento de los españoles, se solicitan, como en otras muchas zonas de América donde falta mano de obra, esclavos negros para la explotación de estas minas. Y así es como llegan muchos guineanos a las Indias Occidentales, fruto del jugoso negocio de la trata de esclavos, que era justificado no sólo como un beneficio de la Corona, sino también de los propios negros a los que les será útil a los míseros sacallos de Guinea de aquel fuego y tiranía y barbarie y brutalidad donde sin ley ni Dios viven (...) llevados a tierra mejor más sana para ellos, abundante, alegre, para que mejor se conserven y vivan en policía y religión. ¿Qué dirían los aludidos de estos pretendidos provechos?

R. R. G. y M. A. P. F.

¹ Descripción y otras curiosidades sobre el cerro de Zaruma. 1592. AGI, PATRONATO, 240, R.6.





El descubrimiento de la Mar del Sur forzaba una nueva empresa: delimitar las costas de Tierra Firme. Se había comprobado que no era muy extensa la franja de tierra que separaba ambos mares, pero faltaba encontrar un paso que los comunicase, un canal u otro mar que ayudase a perfilar las costas de las provincias de Castilla del Oro. Algún temerario se lanzó incluso a vaticinar que aquel territorio *de ninguna manera es un continente, como algunos cosmógrafos han pretendido*, como plasmó junto a las costas de Panamá el autor del mapa que dibujó por primera vez la otra orilla del istmo panameño. Se acordaba quizás de Américo Vespuccio, quien años antes había afirmado con rotundidad que *aquella tierra no era isla, sino continente*. Juan Díaz de Solís quiso bordear el continente, y aunque no encontró el camino, supo reconocer la enormidad de sus proporciones, alentando nuevas iniciativas y marcando el rumbo a seguir.

Capitulaciones con Juan Díaz Solís, piloto mayor, para descubrir nuevas costas en Tierra Firme, a las espaldas de Castilla del Oro. 1514.

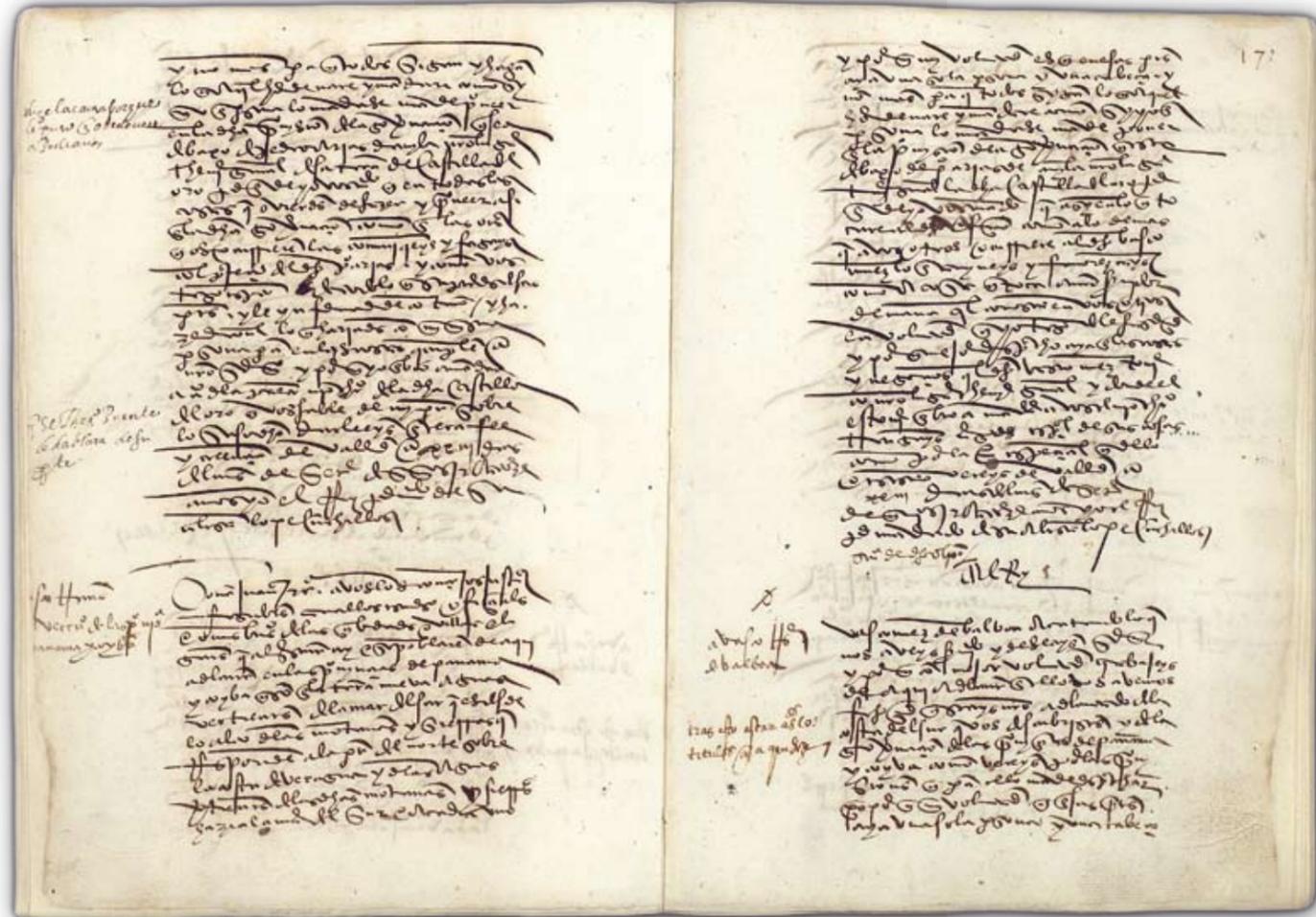
Papel manuscrito. 1 hoja de 31×22 cm.
 Archivo General de Indias, Sevilla,
 PATRONATO, 26, R. 6 (2)

LOS CICLOS EXPEDICIONARIOS DE PEDRARIAS DÁVILA EN CASTILLA DEL ORO

La noticia del descubrimiento de la *Mar del Sur* fue recibida con enorme satisfacción en la corte española y supuso para Balboa —tan necesitado del reconocimiento regio para borrar antiguas faltas— la obtención, mediante Real Cédula fechada en Valladolid el 23 de septiembre de 1514, del título de adelantado de la Mar del Sur y gobernador de las provincias de Panamá y Coiba aunque sometido a la autoridad del Pedrarias Dávila, un noble cortesano de edad madura, quien había sido nombrado gobernador de Castilla del Oro y lugarteniente general del rey, para que *en esas partes haya una sola persona y una cabeza y no más*. No sospechaba el monarca que el decreto por el que se recompensaba a Vasco Núñez, ideado como una fórmula de avenencia destinada a llevar la paz a la colonia del Darién iba, en cambio, a sembrar el odio y la enemistad más profundos entre ambos personajes. Este nombramiento tardaría casi un año en llegar a manos de su destinatario.

El 27 de junio de 1514, guiada por la capitana y bajo estandarte real, una gran flota de dieciocho embarcaciones y unos mil quinientos hombres, entre ellos fray Juan de Quevedo, el obispo de la *Bética Áurea*, la primera diócesis fundada en tierras continentales, fondeaba en las playas del Darién. El segoviano Pedrarias Dávila, que comandaba la expedición, llegaba a la Tierra Firme —bautizada ahora con el esperanzado nombre de *Castilla del Oro*— revestido de amplísimas atribuciones para poner orden en la tierra, colonizar el territorio y enjuiciar a Balboa. El rey Fernando se había involucrado personalmente en aquella empresa con tal entusiasmo que más bien parecía que se trataba del único y gran proyecto de su dilatada vida. Una expedición estatal con una abrumadora participación de hidalgos y cortesanos, preparada minuciosamente sin regatear esfuerzos ni capitales, que estaba destinada a colonizar la región, sin intromisiones del virrey Colón.

Las expectativas de conseguir grandes riquezas para la metrópoli habían provocado en la península un enorme revuelo. Los exagerados escritos de Balboa y los informes de los procuradores del Darién sobre la existencia en aquel territorio de minas de oro tan ricas que *nos facen estar a todos fuera de sentido* espolearon la ambición de muchos hombres deseosos de enriquecerse e hicieron abrigar falsas esperanzas a la Corona, siempre escasa de recursos. Sin embargo, en muy pocos días el hambre, las epidemias y finalmente la muerte se abatirían como una negra sombra sobre aquel numeroso contingente, rompiendo el precario equilibrio logrado por Balboa y provocando una profunda desolación en Santa María de la Antigua. No podía ser de otro modo. Sobre la modesta colonia española *con una muy gentil población* compuesta por 515 españoles y 1.500 indios de servicio iba a irrumpir con el inevitable perjuicio una avalancha humana de unos 1.500 hombres. Desgracias inesperadas aceleraron la catástrofe: una epidemia de langosta que azotó los campos y arrasó las cosechas de maíz y yuca provocó una terrible hambruna, mientras que la *modorra*, enfermedad hasta ahora no identificada pero de efectos letales, se cebaba sobre los recién llegados provocando en un corto espacio de tiempo una terrible punción demográfica.



Real Cédula a Vasco Núñez de Balboa, por la que se le nombra adelantado de la Mar del Sur y gobernador de las provincias de Panamá y Coiba. Valladolid, 23 de septiembre de 1514.

Forma parte del primer Libro Registro Cedulaario del Consejo de Indias, Registro de partes para la Audiencia de Panamá. Papel manuscrito. 6 hojas de 29×21 cm. Archivo General de Indias, Sevilla, PANAMÁ, 233, L.1, fol. 172 rº-172 vº.

En los primeros años de su mandato, Pedrarias se ve obligado a resolver dos cuestiones urgentes: la primera consistirá en la búsqueda desesperada de alimentos para una hueste famélica, así como en el logro de un botín fácil en oro, perlas e indios esclavizados que aplaque el descontento de sus capitanes, para lo cual envía expediciones —*entradas* o *cabalgadas*— en todas las direcciones del territorio, razias depredadoras que pondrán en pie de guerra a los cacicazgos del istmo, destruyendo así en muy poco tiempo la labor pacificadora de Balboa. La segunda estará destinada a atajar las ambiciones del adelantado de la Mar del Sur y contener sus proyectos de exploración del nuevo océano. Pues, como aseguraba Altolaquirre, *aquellos dos hombres, igualmente enérgicos y altivos, habían de chocar y convertirse en irreconciliables enemigos queriendo Pedrarias, fundado en los títulos que le daban el saberse la autoridad de Tierra Firme, anular por completo a Vasco Núñez y éste, enorgullecido con sus éxitos, desligarse en lo posible para ejercer con independencia el cargo de gobernador y seguir en gran escala los descubrimientos de la Mar del Sur*. Este problema lo solucionó Pedrarias con la muerte de su rival.

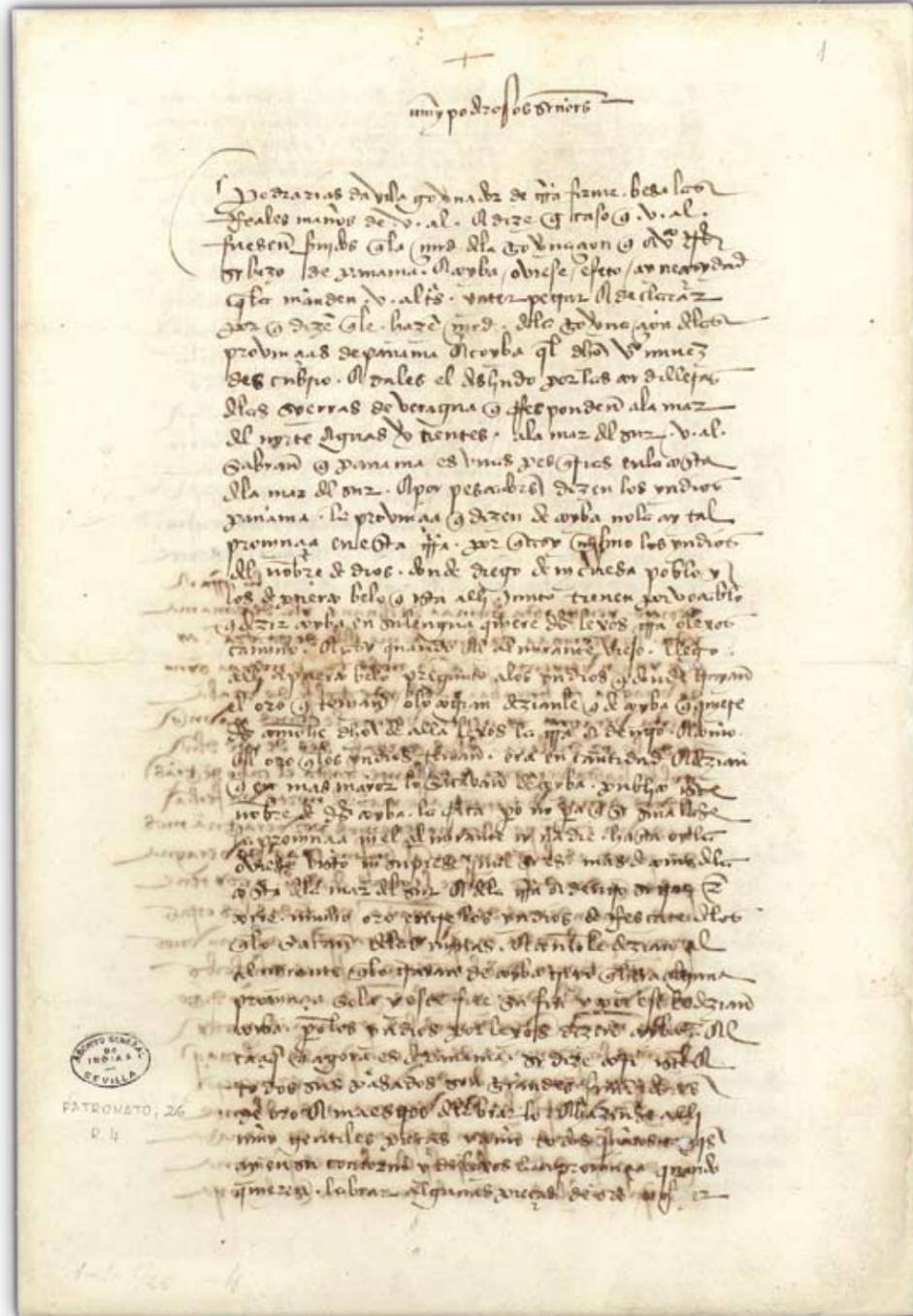
En este crispado ambiente sembrado de odios, ambiciones e intrigas desarrolla Pedrarias su labor exploradora y colonizadora en un prolongado mandato de nada menos que diecisiete años con tres etapas bien definidas y dos gobernaciones distintas: 1) El ciclo expedicionario desde Santa María de la Antigua del Darién (1514-1519); 2) El ciclo expedicionario desde la ciudad de Panamá (1519-1526), y 3) El ciclo expedicionario desde Nicaragua (1526-1531) hasta su muerte acaecida en León y atribuida según el licenciado Castañeda a la *vejez, pasiones y enfermedades que tenía*.

De la mano del hambre y de la miseria llegó el descontento. Muchos hombres, desilusionados marcharon a las islas en busca de mejor fortuna; otros regresaron a España. Como válvula de escape, Pedrarias envía expediciones de conquista hacia todos los rincones del territorio al mando de sus capitanes más fieles: Juan de Ayora, Becerra, Luis Carrillo, Pedrarias, *el Mancebo*, Téllez de Guzmán, Gaspar de Morales, Francisco Vallejo, Gonzalo de Badajoz, Gaspar de Espinosa, Francisco Pizarro, Francisco Hernández de Córdoba y otros de una larga lista que incluye finalmente a Vasco Núñez de Balboa. El extremeño, tras un largo tiempo inmovilizado, recibe por fin permiso del gobernador para encabezar una nueva expedición al *Dabaibe*; más tarde será enviado a repoblar el asiento caribeño de Acla, fundado tiempo atrás por Pedrarias.

Desde que Balboa tuvo en sus manos el nombramiento como adelantado de la Mar del Sur y gobernador de Panamá y Coiba acaricia la idea de regresar al mismo escenario del gran descubrimiento. Su proyecto, no exento de dificultades por los celos de Pedrarias, se vio facilitado tras un matrimonio concertado por poderes entre Balboa y doña María de Peñalosa, la hija mayor del gobernador. Este forzado compromiso reconciliaría en apariencia a ambos rivales convertidos ahora en suegro y yerno respectivamente. Una vez allanado el camino, prepara Balboa por fin, en 1517, su ansiada expedición a la Mar del Sur. Ésta se desarrolla en varias etapas. La primera consiste en la organización financiera de la empresa, a la que Pedrarias había concedido un plazo de año y medio, mediante la fórmula de una sociedad comanditaria: la *Compañía de la Mar del Sur* en la que par-

Memorial de Pedrarias Dávila, por el que describe lo descubierto por Vasco Núñez de Balboa, oponiéndose a las mercedes que se le han hecho [1515].

Papel manuscrito. 4 hojas de 31,5×22 cm.
Archivo General de Indias, Sevilla,
PATRONATO, 26, R. 4.



ticipan Hernando de Argüello, Luis de Valderrábano, Diego de la Tobilla, y otros amigos fieles que aportan todos sus ahorros a la empresa. Luego, siguieron los preparativos consistentes en el traslado de las piezas de las embarcaciones para la flotilla exploradora, así como todos los aparejos y herramientas necesarias a través del istmo, desde Acla hasta un improvisado astillero del Pacífico en el río de las Balsas (*Sabanas*). Por último, el viaje de exploración que se realizó fuera del tiempo previsto. En estos momentos cruciales, los acontecimientos se precipitan y ahondan las diferencias entre suegro y yerno. Las noticias de un próximo relevo en el gobierno de la colonia con el nombramiento del cordobés Lope de Sosa, la marcha a España del obispo Quevedo, amigo y protector de Balboa, y la supuesta "traición" de Balboa desembocarán en la trágica muerte del extremeño junto a cinco de sus socios en la plaza pública de Acla entre el 13 y el 21 de enero de 1519. La ejecución de Balboa dejó por fin libre a Pedrarias para llegar hasta el Pacífico que desde hacía tiempo constituía su principal objetivo. Inmediatamente se apropia de la flotilla construida por el extremeño, dirige junto al licenciado Espinosa una expedición al archipiélago de las Perlas, vuelve a tomar posesión de la Mar del Sur y transforma la antigua sociedad, ahora liderada por él mismo y sus fieles, en la *Compañía de la Mar del Sur y de la ciudad de Panamá*. En efecto, el 19 de septiembre de 1519, Pedrarias funda en el Pacífico, sobre un poblado de indios pescadores, la nueva ciudad de Panamá adonde se propone establecer la capital del territorio. El centro de gravitación de la conquista se traslada a partir de entonces a la fachada americana del Pacífico

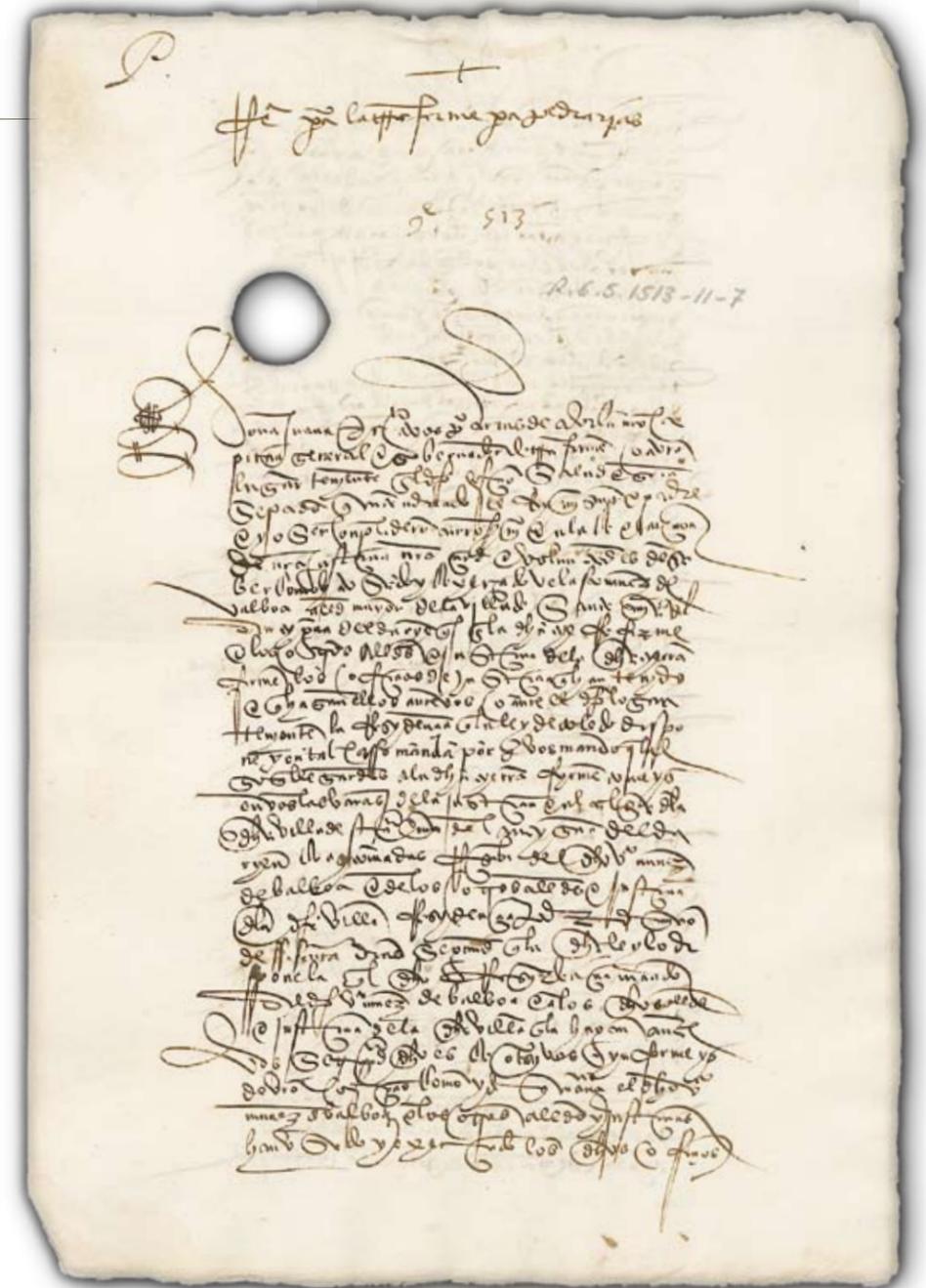
El intento de los españoles por establecerse en Santa María de la Antigua del Darién ha representado un esfuerzo estéril. Lo mismo puede decirse respecto a un rosario de fundaciones precipitadas y mal planeadas como Acla, Fonseca Dávila, Tubanamá, Tumaco y Santa Cruz. Por un cúmulo de razones, los humildes asentamientos hispánicos del primer Darién, allá en las tierras selváticas que miran al Caribe, estaban abocados al fracaso y muy pronto fueron abandonados ante la atracción que ofrecían las tierras altas y las sabanas del litoral del Pacífico, mucho más favorables para ser colonizadas. Finalmente, sólo arraigaron las cabezas de puente, Nombre de Dios (una vez repoblado por Diego de Albítez en 1519) en la costa atlántica y Panamá en el Pacífico, de indudable valor geopolítico, pues aseguraban el tránsito entre ambos océanos a través de una vía de 80 kilómetros de longitud, mitad terrestre, mitad fluvial: el río Chagres, llamado originalmente "de los lagartos". El cambio de escenario resultó todo un acierto. Con la fundación de Panamá, el océano Pacífico, descubierto por Balboa, ingresaba con fuerza en la historia universal revalidando su valor geoestratégico tras el hallazgo del estrecho de Magallanes ese mismo año de 1519.



Carta de Vasco Núñez de Balboa, por la que denuncia los abusos cometidos por Pedrarias Dávila, describe las riquezas de la Mar del Sur y notifica el envío de una perla de gran tamaño, que se dibuja. Sta. María de la Antigua, provincia del Darién, 16 de octubre de 1515.

Papel manuscrito. 4 hojas de 30,5×21,5 cm. Archivo General de Indias, Sevilla, PATRONATO, 26, R. 5, fols. 32 rº-35 rº.

Las tensiones se incrementaron y la rivalidad derivó en enfrentamiento. Las denuncias de Fernández de Enciso habían llegado a la corona y pesaba la orden de tomarle juicio de residencia. No obstante, al principio se quiso evitar el conflicto e incluso se acordó el compromiso matrimonial entre Balboa y una de las hijas de Pedrarias. Nuestro personaje no dudó en denunciar lo que entendía era un abuso de autoridad de Pedrarias, al tiempo que hacía méritos informando de sus logros y enviando presentes a la Corona, como la perla que describe y dibuja en esta carta. Sin embargo, Pedrarias fue limitando el protagonismo del Balboa al mismo ritmo que crecían las reclamaciones de éste, hasta que la tensión fue insostenible. El gobernador le acusó de traición e insubordinación, y se le condenó a muerte, siendo decapitado en la plaza de la villa de Acla, el 15 de enero de 1519.



Real Provisión a Pedrarias Dávila, por la que se le ordena que tome juicio de residencia a Vasco Núñez de Balboa y al resto de los alcaldes de Sta. María de la Antigua del Darién. Valladolid, 28 de julio de 1513.

Copia registral de la Cancillería Real de Castilla, "Registro General del Sello". Papel manuscrito. 2 hojas de 32×21 cm. Archivo General de Simancas, Valladolid, RGS, 1513, 11, 7.

El istmo y la ciudad de Panamá, puente entre dos océanos

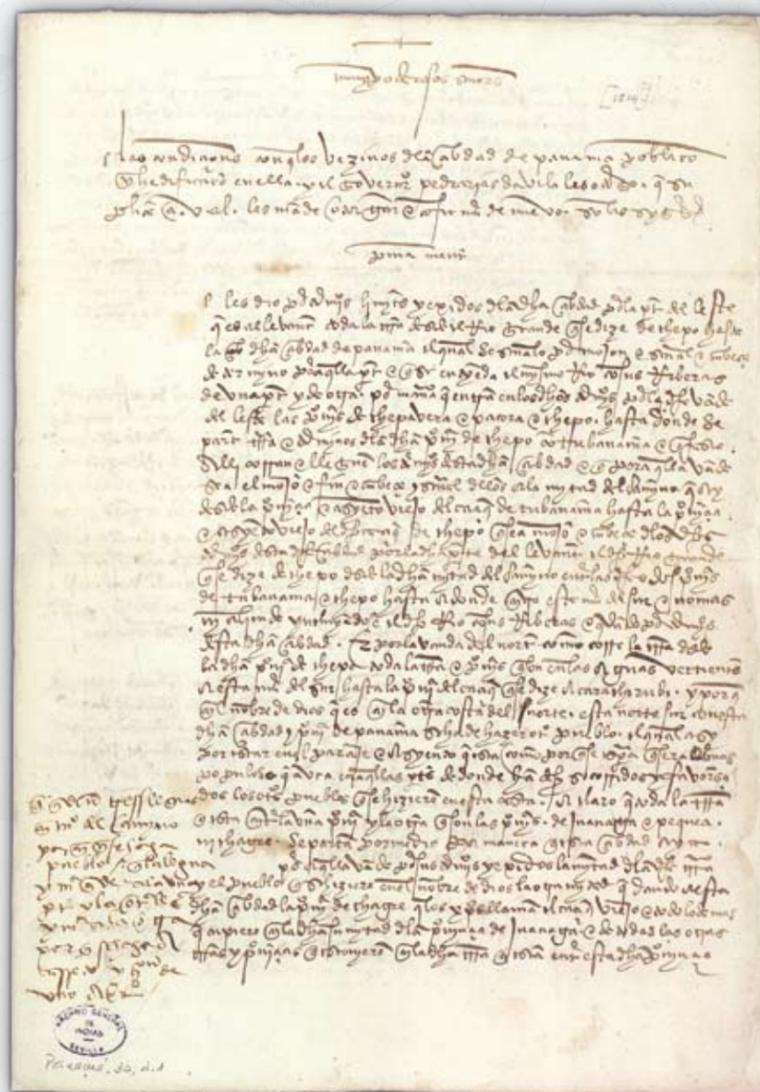
La privilegiada situación geográfica del istmo panameño lo convirtió en una importante zona que actuaba como nexo de unión entre el Pacífico y el Atlántico.

Las ciudades de Panamá y Nombre de Dios fueron los puertos que señalaban una importante y estratégica ruta en la que se establecieron dos vías de gran significación para el comercio y el transporte de mercancías, aunque no exentas de dificultades y penurias: una terrestre, el camino de Cruces y la otra fluvial, en la que el río Chagres llegaba hasta la Venta de Cruces.

La plata peruana llegaba hasta Panamá para ser trasladada luego a Nombre de Dios y, desde 1597, a Portobelo, sede de una cosmopolita feria que se celebró hasta 1739 y donde se comercializaban todo género de productos. Como es lógico, se tuvo que articular en torno a todos estos enclaves, sobre todo en la embocadura del Chagres y de Portobelo, un importante sistema defensivo para protegerlo de los ataques enemigos, entre los que se encontraban notables filibusteros y piratas.

Estipulaciones dadas por Pedrarias Dávila a los pobladores de la ciudad de Panamá, de las que solicitan confirmación real. [Panamá, 1519].

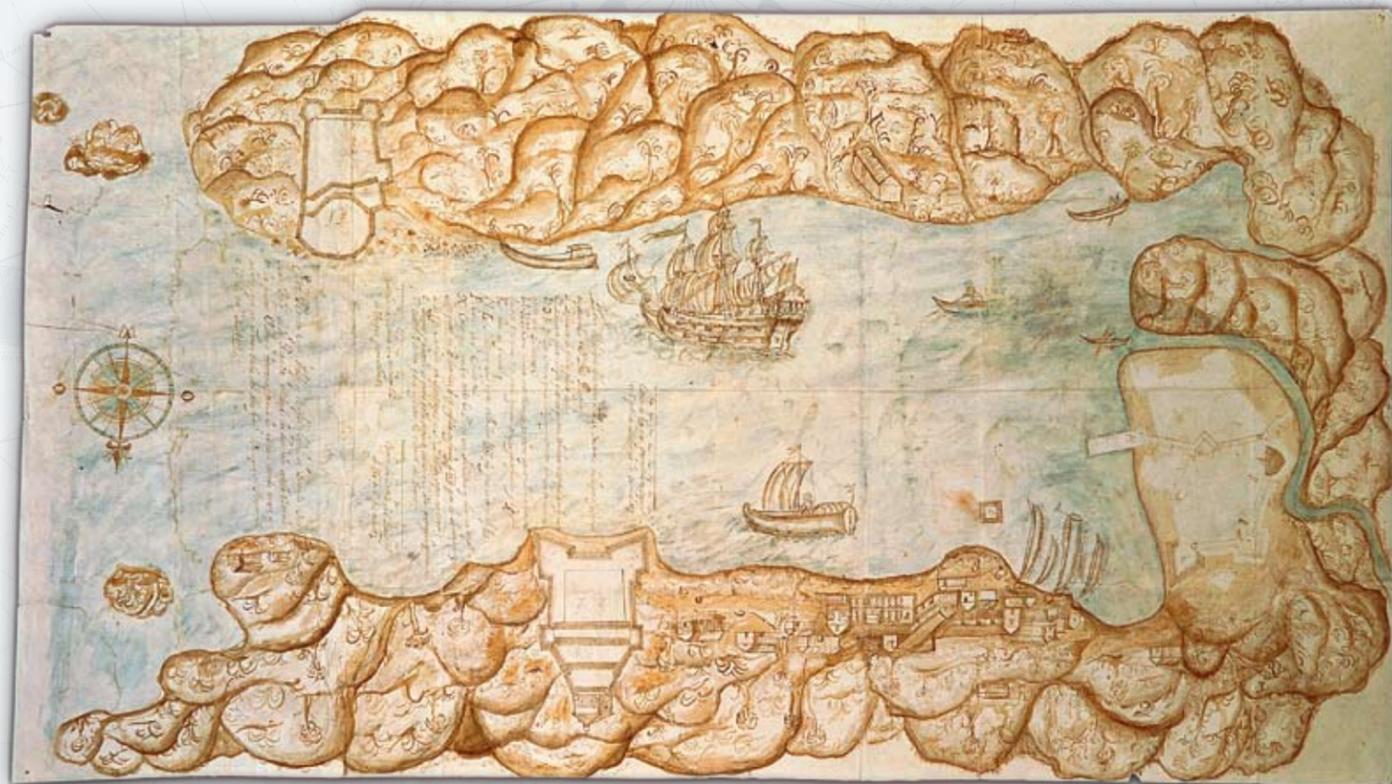
Papel manuscrito. 2 hojas de 31,5x22 cm. Archivo General de Indias, Sevilla, PANAMÁ, 30, N.1.



Vista de las Casas Reales de la ciudad de Panamá. Panamá, 19 de junio de 1590.

Papel manuscrito; dibujo a pluma, coloreado. 1 hoja de 44,5x32 cm. Archivo General de Indias, Sevilla, MP-PANAMA, 236.



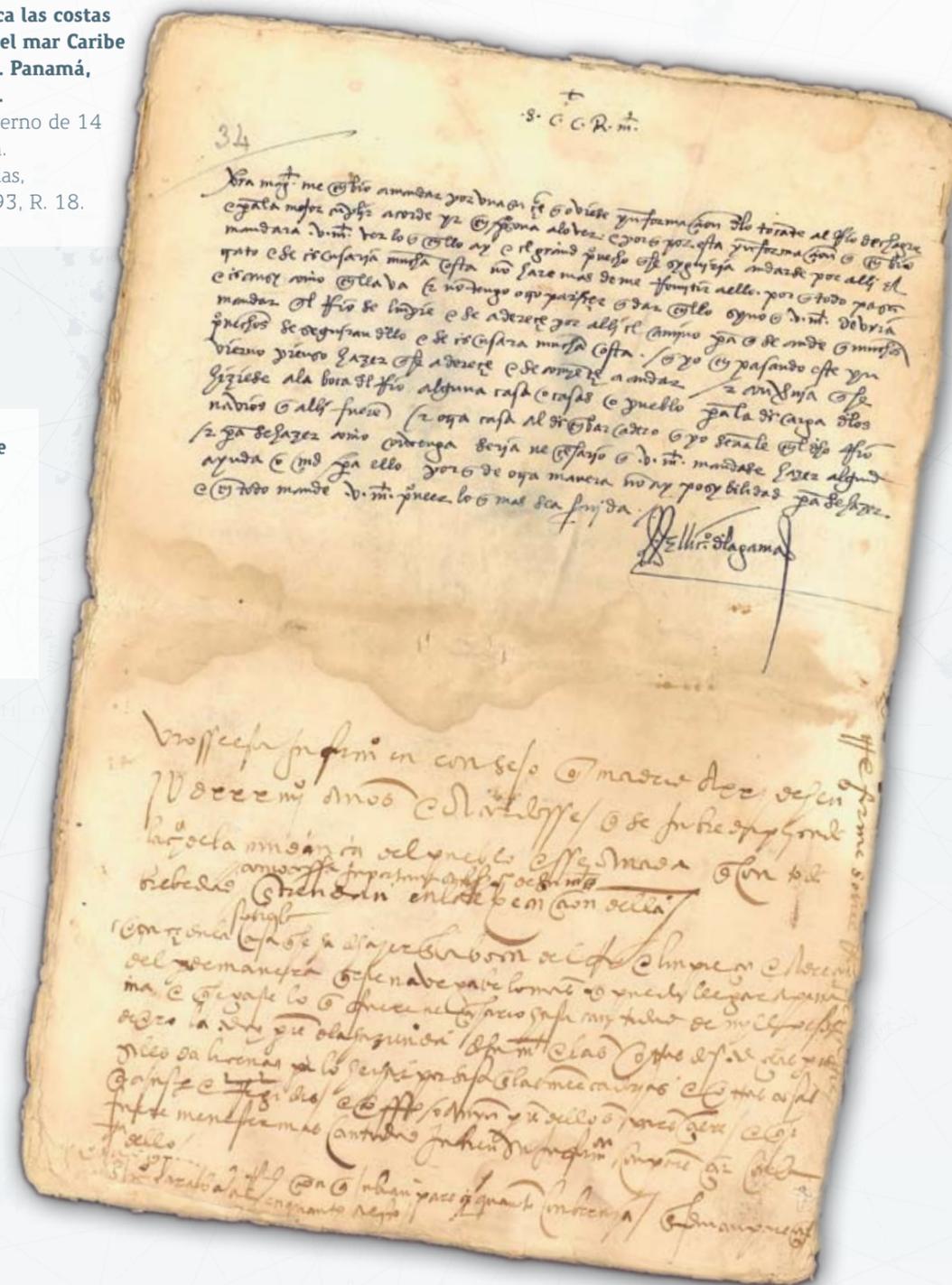


Carta por la que se sugieren mejoras en la ruta que comunica las costas del golfo de Panamá y el mar Caribe a través del río Chagre. Panamá, 28 de febrero de 1533.

Papel manuscrito. Cuaderno de 14 hojas de 32,5×21,8 cm. Archivo General de Indias, Sevilla, PATRONATO, 193, R. 18.

Plano de la ciudad y bahía de Portobelo. Portobelo, 22 de octubre de 1688.

Papel manuscrito; dibujo a pluma, coloreado. 1 hoja de 42,5×77 cm. Archivo General de Indias, Sevilla, MP-PANAMÁ, 97.

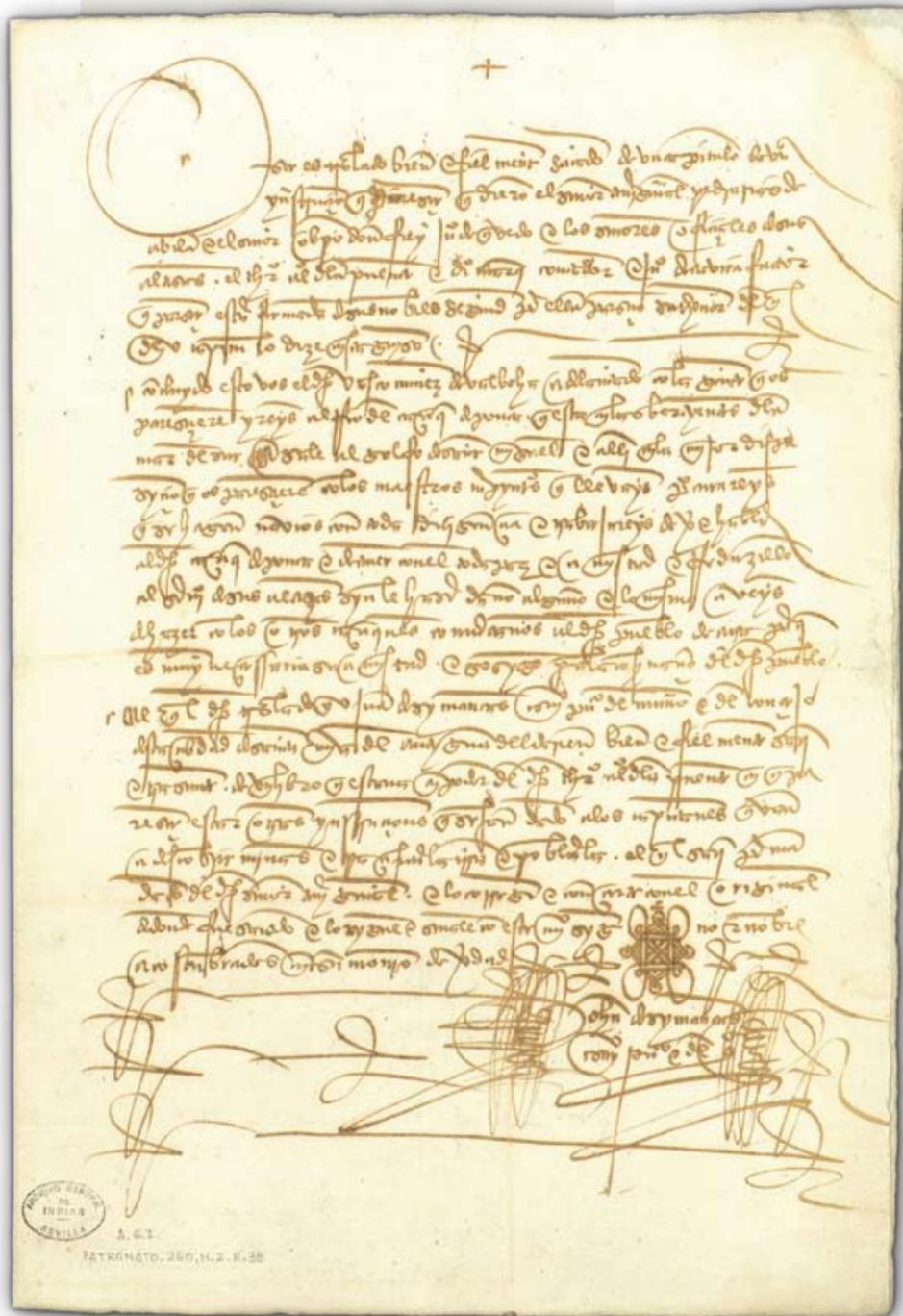


De hecho, el célebre Francis Drake atacó varias veces Nombre de Dios y Panamá, llegando su ocaso en Portobelo, donde su cuerpo fue arrojado a la bahía dentro de un ataúd de plomo. No obstante, el ataque más trascendente para Panamá fue el de Henry Morgan en 1671, que motivó el traslado de la ciudad tras su saqueo e incendio al sitio de Ancón, paraje cercano pero más sano, ventilado y seco.

Pero es precisamente la navegabilidad del Chagres, *el río más valioso del mundo* al decir de Fernández de Oviedo, lo que hace soñar con la idea de romper el istmo para que Panamá se convirtiera en canal marítimo entre los dos océanos. La escasa longitud de terreno a salvar, apenas cuatro leguas, hace que se ordene estudiar si se pudiesen abrir para que el mar del sur entrase en dicho Río para que ambos mares así el del norte como el del sur se pudiesen navegar por el dicho río con carabelas.¹ Sin embargo, este extraordinario proyecto, que gravitó durante años por la mente de los españoles, no sería culminado hasta hace casi un siglo, inaugurándose el canal interoceánico el 15 de agosto de 1914.

M. A. C.

¹ Minuta de Real Cédula al gobernador de Tierra Firme [Francisco de Barrionuevo], por la que se considera la posibilidad de realizar un canal artificial. 1533. AGI, PATRONATO, 193, R. 18.



Instrucción dada a Vasco Núñez de Balboa para la construcción de navíos en el golfo de San Miguel, a orillas de la Mar del Sur [1519].

Copia certificada. Papel manuscrito.
2 hojas de 31,2x21,6 cm.
Archivo General de Indias, Sevilla,
PATRONATO, 260, N. 2, R. 38.

Balboa constató la necesidad de contar con barcos con que navegar por la Mar del Sur, pues las canoas indígenas tenían un alcance limitado. Pronto se lanzó a tal empresa, aunque su cautiverio y muerte truncó sus esperanzas. Fue Pedrarias Dávila quien reclamó entonces la supervisión de las nuevas expediciones y el uso de los navíos contruidos. En 1522 los entregó a Gil González Dávila, que los usó para avanzar hacia el norte. Junto a su piloto Andrés Niño reconoció las costas de Panamá, Costa Rica, Nicaragua y Honduras.

EL FOCO PANAMEÑO Y LOS INICIOS DE LA EXPANSIÓN ESPAÑOLA POR EL CONTINENTE: CENTROAMÉRICA Y PERÚ

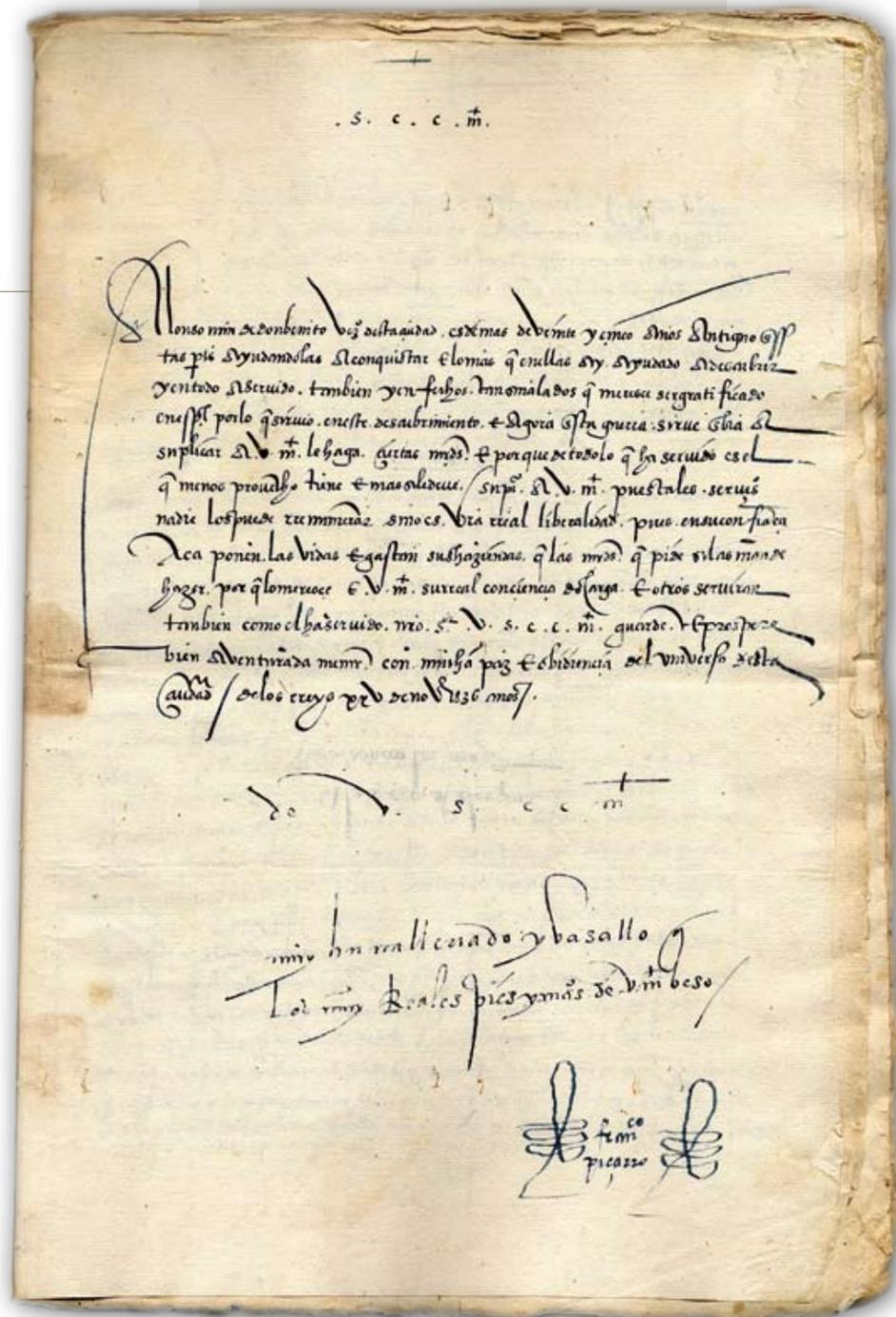
Ahora la suerte acompaña al férreo Pedrarias. El nuevo gobernador enviado por la corona, don Lope de Sosa, fallece en el barco el mismo día de su llegada a las costas del Darién y Pedrarias será revalidado en el cargo por un nuevo periodo, tras superar favorablemente un amañado juicio de residencia. Parece tener prisa por acumular éxitos. Desde Panamá se coloniza el interior del territorio (Natá, 1522) y se proyectan como puntas de lanzas expediciones exploradoras que llegan hasta Centroamérica (*la empresa del Poniente*, 1523) y hacia el sur en busca del Incario (*la empresa del Levante*, 1524), éstas reguladas mediante sendos contratos de compañía que exhiben ya una cierta complejidad. Ante todo, conviene aclarar que el istmo panameño se extiende entre los dos continentes americanos en forma de S siguiendo una orientación este-oeste, entre Colombia y Centroamérica, bañado por las aguas del Atlántico, en el norte, y el Pacífico en el sur, lo que explica por qué Balboa denominó a estas aguas la Mar del Sur contraponiéndolas con las de la Mar del Norte o Caribe. De este modo, la ruta centroamericana se identificaba en aquellos días con el oeste o Poniente, mientras que la del Levante conducía propiamente hacia el sur, al actual Perú.

Fuera del mando directo de Pedrarias, aunque luego recaerá en sus manos, Gil González Dávila y el piloto Andrés Niño conseguirán en 1519 permiso de la Corona para explorar en tierras centroamericanas. Ambos desembarcan en el golfo de Nicoya, se adentran en los dominios del cacique Nicarao y exploran el lago de Nicaragua, en donde creyeron haber descubierto el tan ansiado estrecho al averiguar que el citado lago se comunicaba con el Mar del Norte a través de un río navegable (*San Juan*). Llegan hasta el golfo de Fonseca y emprenden el viaje de regreso en busca de refuerzos. Los mismos celos que habían impulsado a Pedrarias a obstaculizar la labor de Balboa lo llevan en esta ocasión a considerar como una intromisión la exploración de González Dávila. Protesta enérgicamente ante la corte y sin esperar respuesta envía a Francisco Hernández de Córdoba, uno de sus más fieles capitanes, al frente de una expedición cuyo objetivo consiste en explorar Costa Rica y Nicaragua, tomar posesión de aquellas tierras y asentar nuevas poblaciones. La reciente conquista del imperio azteca y las enormes riquezas allí descubiertas permiten entender la atracción que ejercían aquellas lejanas tierras hacia donde Pedrarias envía a algunos de sus capitanes que entran en litigio con las huestes enviadas desde Honduras por Hernán Cortés. Las intrigas por el mando de este territorio desembocaron en la muerte de Francisco Hernández de Córdoba. Acusado de haber intentado aliarse con Cortés y procesado por delito de traición, fue sentenciado a la máxima pena. En julio de 1526 el capitán Hernández de Córdoba moría decapitado en León por orden de Pedrarias, lo mismo que Balboa siete años atrás.

La despótica actuación del flamante gobernador de Honduras, Diego López de Salcedo, quien en ausencia de Pedrarias había ocupado ilegalmente Nicaragua (desde marzo de 1527 a abril de 1528), hizo estallar un auténtico motín entre los españoles y provocó el alzamiento generalizado de los caciques indios, irritados por los crueles procedimientos del invasor y sus hombres. La carta en clave del tesorero de Honduras Rodrigo del

Francisco Pizarro conoció a Vasco Núñez de Balboa cuando las embarcaciones del bachiller Enciso arribaron al golfo de Urabá. A partir de entonces compartieron éxitos e infortunios. No sabemos en cuántas ocasiones se sumó a ambos Alonso Martín de Don Benito, aunque los tres estuvieron juntos en el descubrimiento de la Mar del Sur.

La vida les deparó, enpero, suerte dispar. Si Pizarro fue quien acabó arrestando a Balboa por orden de Pedrarias Dávila, Alonso Martín acompañó al primero en la conquista del Perú, motivo por el que el victorioso vencedor de los incas escribió al Consejo de Indias recomendando a su amigo.



Carta de Francisco Pizarro, por la que reconoce los méritos y la experiencia de Alonso Martín de Don Benito. Lima, 25 de noviembre de 1536.

Papel manuscrito. 1 hoja de 30,8×20,5 cm. Archivo General de Indias, Sevilla, PATRONATO, 93, N.º 5, R.1.

Castillo, redactada en León (Nicaragua) el 12 de mayo de 1527 y reproducida en estas páginas,¹ representa un buen exponente de la situación vivida. El carácter secreto del escrito, a fin de garantizar su inviolabilidad, y las denuncias vertidas en el mismo contra el despótico gobierno de Salcedo se enmarcan en el contexto histórico de las guerras civiles que convulsionan a fines de los años veinte a Honduras y Nicaragua, dos territorios vecinos, de fronteras imprecisas, que serán objeto de litigio por sendos caudillos ávidos de poder: Diego López de Salcedo y Pedrarias Dávila.

El regreso de Pedrarias a Nicaragua, un sábado santo de 1528, pondrá fin al conflicto. El invasor —López de Salcedo— es capturado y arrestado en la fortaleza de León. Por intercesión del obispo y de otros religiosos, Pedrarias accedería más tarde a liberarlo, no sin antes ajustar ciertos acuerdos, entre los que se incluían la fijación de límites entre Honduras y Nicaragua y el pago de una multa de veinte mil pesos.

El descubrimiento y colonización de las tierras centroamericanas prosiguen y se completan durante el mandato de Pedrarias como gobernador de Nicaragua. Al igual que antes en Castilla del Oro, el controvertido gobernador dejó establecidos los cimientos de un rosario de ciudades: Bruselas (en la actual Costa Rica), León, Granada, Santa María de la Buena Esperanza, Villahermosa y la población de las Minas, algunas de las cuales sobreviven en la actualidad.

La ruta sureña no había suscitado tantas expectativas. Hay quien considera que Pedrarias Dávila renunció a las grandes riquezas que se presentían en el mítico reino del Birú o Perú a favor de la penetración centroamericana, en la que concentra todo su interés, seguramente porque lo consideraba un negocio más seguro. Con esta decisión evidentemente erró. Ante todo, conviene recordar que otros muchos capitanes lograron adentrarse en sus expediciones al sur del golfo de San Miguel, comenzando por el mismo Vasco Núñez (1513) quien, como ya se dijo, vio frustrado sus propósitos por el sumario juicio al que fue sometido, y otros como Gaspar de Morales y Francisco Becerra (1514). Sin embargo, tradicionalmente se considera al vasco Pascual de Andagoya, criado de Pedrarias, como el auténtico precursor del descubrimiento del Perú, mérito que algunos historiadores, como K. Romoli o Demetrio Ramos, han puesto en entredicho. Sea como fuere, también habría de intervenir Pedrarias en esta gran empresa que va a ser acometida en estos años desde la plataforma panameña. Un bisoño capitán del primer Darién, el extremeño Francisco Pizarro, en colaboración con Diego de Almagro y el maestrescuela Hernando de Luque fundan la *Compañía del Levante*, teniendo al acaudalado Gaspar de Espinosa como el principal inversor de la empresa, y emprenden la conquista del gran Incario que culmina en 1533 con la muerte de Atahualpa.

¹ La carta cifrada de Rodrigo del Castillo la dimos a conocer por primera vez en nuestro trabajo "Más allá de la historia oficial. Escrituras domésticas y claves secretas en las cartas de los conquistadores del Nuevo Mundo" (en prensa).

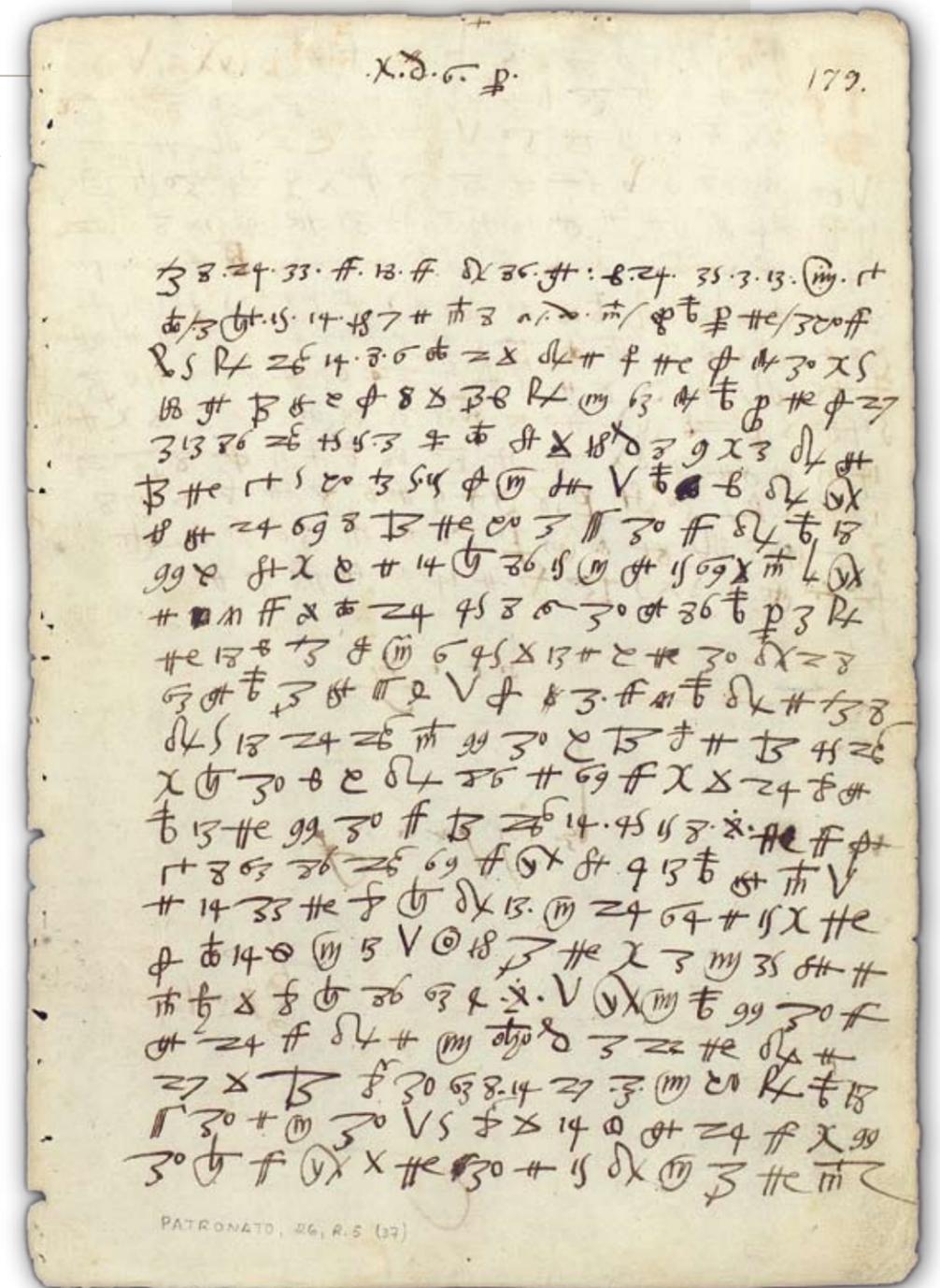


Mapa de América Central, que incluye las regiones de los actuales estados de Nicaragua, Costa Rica y Panamá. 1716.

Papel manuscrito; dibujo a pluma, coloreado. 1 hoja de 31,7×44,2 cm.

Archivo General de Indias, Sevilla, MP-GUATEMALA, 17.

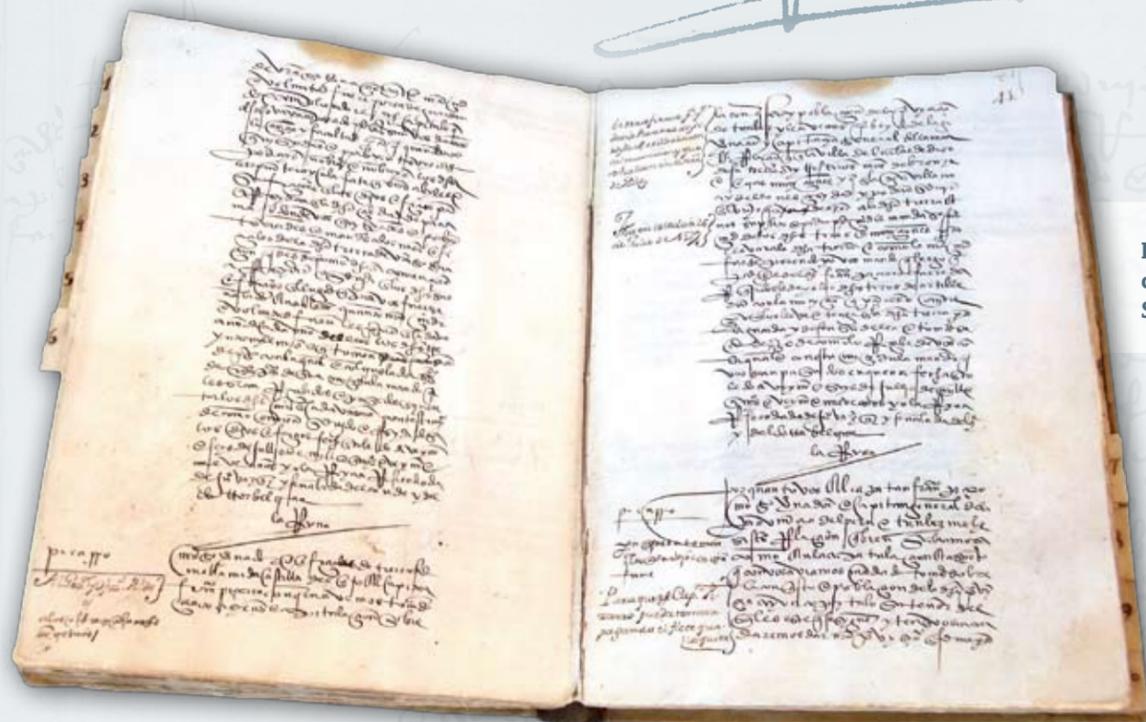
No todos los españoles eran de la misma actitud. Algunos criticaron los abusos cometidos contra los indígenas o los desmanes de gobernadores avariciosos. Así le sucedió a Rodrigo del Castillo, quien gozaba de la suficiente confianza en el Consejo de Indias o, incluso, en la persona del rey, como para escribirle una carta clara en sus denuncias, pero misteriosa en su grafía, pues fue cifrada para evitar su lectura por ojos no deseados.



Carta cifrada de Rodrigo del Castillo, tesorero de la provincia de Las Higueras, al Emperador Carlos V. León de Nicaragua, 12 de mayo de 1527.

Por ella denuncia los abusos cometidos por el gobernador Diego López de Salcedo. Papel manuscrito. 1 hoja de 31×22 cm.

Archivo General de Indias, Sevilla, PATRONATO, 26, R. 5 (37), fol. 179.



Libro Cedulaario de la Mar del Sur. Sevilla, 2013.

El Libro Cedulaario de la Mar del Sur

Este libro no es un documento original; nunca existió. Sin embargo, su espíritu sí es fidedigno: El afán por reunir y sancionar las directrices de la Corona en una obra compilatoria que gozase de todas las garantías legales.

Los Libros Registro Cedulaarios del Consejo de Indias guiaban los pasos de quienes vivían en el Nuevo Mundo. En ellos se anotaba una copia literal de todas las órdenes y resoluciones remitidas a los interesados, de forma que el Consejo tenía siempre constancia de cuanto se había decidido en torno a un asunto.

Fueron formados al ritmo que se creaban las audiencias americanas (Santo Domingo, México, Panamá...), aunque también los había generales para todo Ultramar, para todas las cuestiones tocantes a la totalidad de los dominios hispánicos o que no implican una proyección territorial específica.

Siguiendo este ejemplo administrativo y archivístico, se ha querido recrear y revivir esta práctica, reuniendo en un falso cedulaario diez documentos relativos a la Mar del Sur, a su descubrimiento y exploración. Como requisito esencial, que todos procedan de cedulaarios indianos, como si el Consejo de Indias hubiera querido crear un registro a tal fin.

Nº 1. Real Cédula a Pedrarias Dávila, gobernador de Castilla del Oro, por la que se le informa del descubrimiento de la Mar del Sur por parte de Vasco Núñez de Balboa. Valladolid, 19 de agosto de 1514. AGI, PANAMA, 233, L.1, fol. 163 (duplicado) vº-167 vº.

Nº 2. Real Cédula a Vasco Núñez de Balboa, por la que se le nombra adelantado de la Mar del Sur y gobernador de las provincias de Panamá y Coiba. Valladolid, 23 de septiembre de 1514. V, PANAMA, 233, L.1, fol. 172 rº-172 vº.

Nº 3. Real Cédula a Pedrarias Dávila, gobernador de Castilla del Oro, por la que se le ordena que entregue los barcos que construyó Balboa a Gil González Dávila y Andrés Niño. Barcelona, 18 de junio de 1519. V, INDIFERENTE, 420, L.8, fol. 65 vº.

Nº 4. Real Cédula y capitulación con Hernán Cortes, marqués del Valle, para el descubrimiento, conquista y población de las islas y tierras de la Mar del Sur de Nueva España. Madrid, 27 de octubre de 1529. V, INDIFERENTE, 415, L.1, fol. 113 vº-119 rº.

Nº 5. Real provisión por la que se nombra a Hernán Cortés gobernador de las islas y tierras que descubriese en el Mar del Sur, según el asiento y capitulación que se había acordado. Madrid, 5 de noviembre de 1529. AGI, MEXICO, 1088, L.1, fols. 97 rº-99 vº.

Nº 6. Real Cédula a Francisco Pizarro, por la que se le autoriza a usar cualquier navío que necesite para viajar a la provincia del Perú, previo consentimiento de sus dueños y pago del flete justo. Toledo, 26 de julio de 1529. AGI, LIMA, 565, L.1, fol. 41 rº-vº.

Nº 7. Real Cédula y capitulación con Pedro de Alvarado, adelantado y gobernador de Guatemala, para descubrir, conquistar y poblar cualquier isla en la Mar del Sur de Nueva España. Medina del Campo, 5 de agosto de 1532. AGI, INDIFERENTE, 415, L.1, fol. 137 rº-143 vº.

Nº 8. Real Provisión por la que se autoriza a fray Francisco de la Ribera a partir hacia el descubrimiento y conquista de la provincia del Estrecho, por haber renunciado Francisco de Camargo a las capitulaciones firmadas. Madrid, 25 de julio de 1539. AGI, CHILE, 165, L.1, fols. 44 rº-45 rº.

Nº 9. Real Cédula y capitulación con Miguel López de Legazpi para el descubrimiento de las islas de los Ladrones (incompleto). [1573]. AGI, INDIFERENTE, 417, L.1, fols. 58 vº-59 rº.

Nº 10. Real Cédula y capitulación con Álvaro de Mendaña para descubrir, poblar y pacificar las islas occidentales de la Mar del Sur. Madrid, 27 de abril de 1574. AGI, INDIFERENTE, 415, L.1, fols. 270 rº-277 rº.

